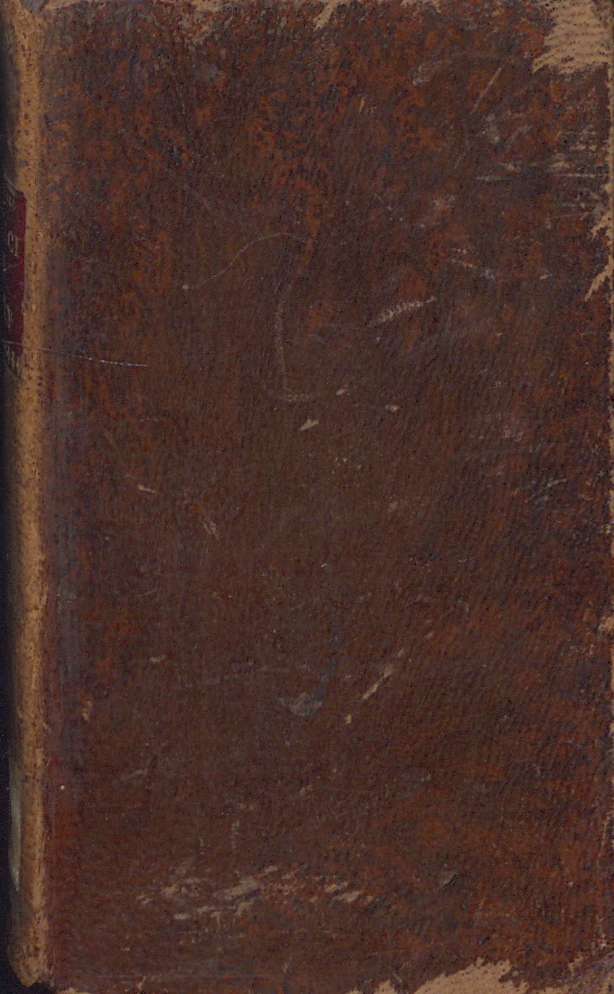
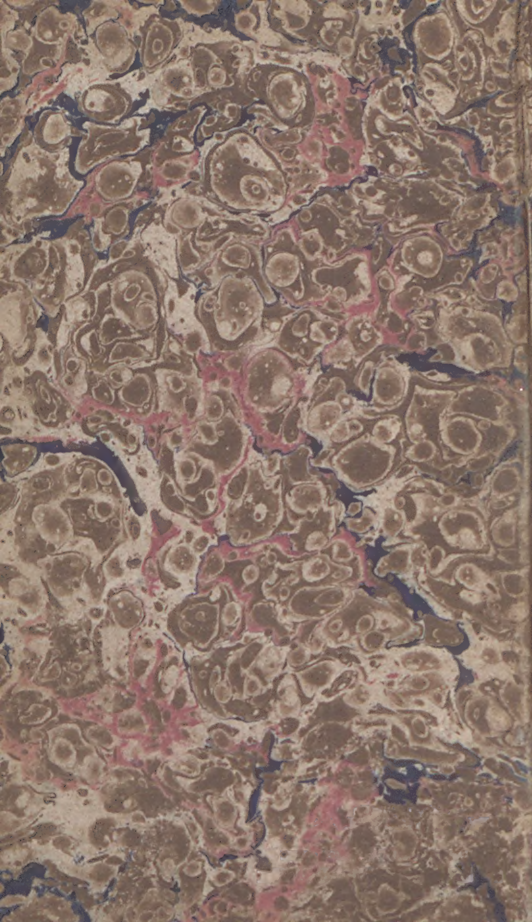
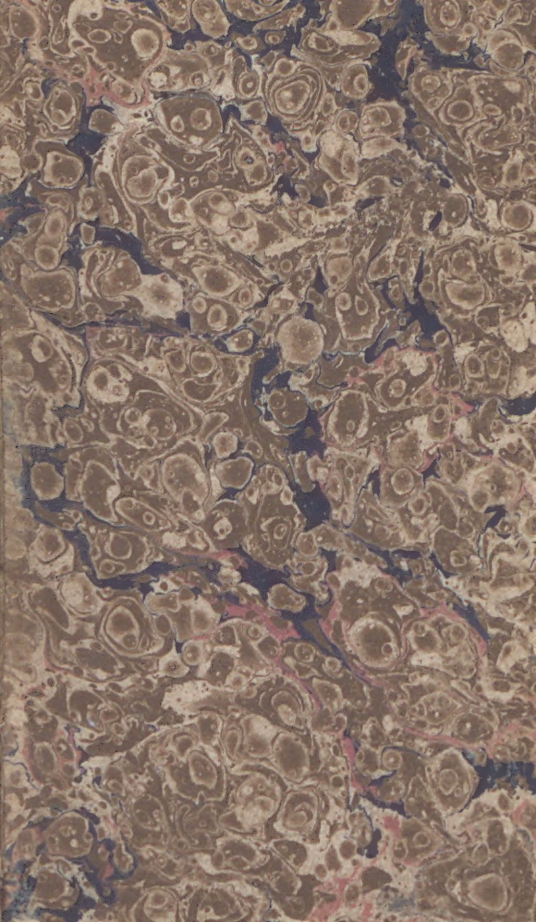






306

LOS SEPULCROS

DE

HERVEY,

TRADUCIDOS DEL FRANCES

POR EL DOCTOR

Don Manuel de Gorriño.

TERCERA EDICION CORREGIDA Y ENMENDADA.

Con Licencia.

MADRID: IMPRENTA DE SANZ.

1830.

Se hallará en su librería, calle de Carretas.

Pulveris exigui sparget non longa vetustas
Congeriem: bustumque cadet: mortisque peribunt
Argumenta tuæ; veniet felicior ætas,
Qua sit nulla fides saxum monstrantibus istud
Atq, erit Ægiptus populis fortasse nepotum
Tam mendax magni tumulo quam Creta tonantis,

LUCAN. PHARSAL. LIB. IX.

PREFACIO.

Al escribir Hervey sus meditaciones sobre los Sepulcros, lo dirigian sin duda los impulsos de su natural piedad, y las luces que le daba el modelo que se propuso seguir, que fueron las noches de Young. Nadie ignora el mérito de este escelente modelo, y se puede conocer ademas cuan sublime fue el motivo que resolvió á Hervey á la ejecucion de esta obra por la sucinta, aunque natural pintura, que he procurado hacer de su buen caracter é ins-

truccion en la vida que precede á sus Sepulcros. Estos dotes, unidos á un talento decidido para esta clase de producciones, pudieron formar una pieza capaz de escitar las sensaciones que en pocos han dejado de producir estos Sepulcros cuando los han leido con atencion.

Seria preciso suponer en todos los lectores una apatía muy odiosa, para que esta obra no mereciese de ellos todo el aplauso con que los recomendó la ilustracion de Inglaterra y de la Francia. Quince ediciones de ella se habian hecho en ingles en poco tiempo, cuando llegó á manos de Mr. Le-Torneur, que la tradujo en su idioma frances, y todos

la juzgaban una digna imitacion de las *noches*, que son las delicias del entendimiento y del corazon, por la energia de su estilo, y la sublimidad de sus pensamientos (1).

El traductor Le-Torneur eligió los Sepulcros, como una de aquellas obras que debian perfeccionarse en sus manos. Este frances, cuyo génio para las traducciones lo hizo tan célebre, tenia, dice el autor de los tres siglos de la literatura de

(1) Jamas leo esta admirable pieza, decia el mismo Hervey, hablando de las noches de Young, que no me vea impelido á esclamar:

Tecum vivere amem, tecum obeam libens.

Francia (Sabatier de Castres) el mérito raro entre los traductores de aventajar los originales que vertia, mejorándolos notablemente. Hermoseaba de un modo el mas vigoroso y sublime los pensamientos del autor, corregia los defectos de método, y de cualquiera especie que encontraba; y asi es (continúa Sabatier) que el Young en nuestra lengua es muy preferible al original ingles.

Le-Torneur, siguiendo este método, tradujo el Hervey, y él mismo dice lo que le varió, y da las razones que lo determinaron á seguir su método de traduccion cuando vertió al frances los Sepulcros. «Hervey, dice, recargó su obra de

pasages de la Escritura Santa, de un modo que puede no se use de tanta cantidad de ellos en todo un sermon de los del dia, como se halla en una sola página de Hervey. Nosotros poseemos muchos libros edificantes y piadosos, sin que sea necesario irlos á mendigar á las naciones protestantes... pero ¿para qué era reimprimir una multitud de reflexiones y pasages, que se hallan en mil libros devotos mejor promovidos, y de paráfrasis de testos de la Biblia espuestos con debilidad y languidez?" Y asi suprimió en los Sepulcros todo lo que no le ofrecia algo de nuevo ó de elocuente en la idea, en la espresion ó en el giro; con lo que dió

á Hervey lo que creyó que le pertenecia, sin destruir su plan ni desfigurar sus bellezas, pero evitando reflexiones frias y prolijas.

Estas pérdidas que hicieron los Sepulcros en la mano de Le-Torneur, los enriquecieron mas; y variados con estas consideraciones, la traduccion fue para esta obra como un espejo que recoge y reconcentra en su foco ardiente mil rayos de luz, que dispersos antes, ó mezclados con las nubes, quedaban sin vigor y sin efecto.

« Los Sepulcros de Hervey, dice Le-Torneur, respiran una sensibilidad dulce que penetra y enternece por grados. De cuando en cuando

vierte golpes y movimientos muy sublimes; pero por lo general tienen los Sepulcros un encanto invisible y natural, que atrae el alma del lector en seguimiento de la suya; siempre popular, parece que no quiere sino entretenerse con todos, y con objetos que igualmente les interesan. En la variedad de estos Sepulcros, cuya historia emprende, y cuya viva pintura presenta á los lectores, es como un amigo, que penetrado de su dolor, los lleva consolándolos al sepulcro de los que le fueron mas amados. Hace reproducir á su alma los sentimientos que la destrozaron otra vez, y de este modo acaba de agotar con dul-

zura las lágrimas que les habian quedado para afirmar su corazon en una tranquilidad durable y religiosa; porque como él mismo dice: ¿quién hay que no tenga algun amigo ó algun pariente en el sepulcro? y ¿quién se reusará á ver nuevamente aquellos lugares en que estan unas cenizas tan amadas, y á donde todos debemos ir algun dia? Y asi es que la lectura de los Sepulcros se puede prometer las lágrimas de mas de una madre, de mas de un hijo, de mas de un amigo, que creerán oir hablar á un allegado de su familia, á un amigo comun, y divertirlos con las circunstancias de una muerte, de que aun no se han podido con-

solar, y acordarles con ternura un objeto siempre amable á su memoria." Acaso una de las principales razones de la gran acogida que la obra tuvo en Inglaterra fueron estas narraciones vivas; estas pinturas patéticas de un interes comun á todos los lectores mortales, juntas á la elegancia de su estilo, y á la belleza de su prosa armoniosa y poética.

Mi primera traduccion castellana de los Sepulcros corrió con el aplauso que es notorio, á pesar de haberla hecho en vista de un original manuscrito muy viciado y defectuoso, como tambien con una apresuracion que me permitió poca exactitud aun respecto del mismo

manuscrito. Posteriormente conseguí la edicion de Amsterdam de 1771, que es muy correcta. A instancia de muchos amigos, deseosos de que se haga una nueva edicion de Hervey, he tomado el trabajo de traducirlos nuevamente por la citada edicion. Procuré que esta traduccion saliese lo mas ajustada al original que yo pudiera, sin que por esto pareciese la obra en castellano menos enérgica y brillante que lo es en el original, para lo que tomé algunas veces ciertos giros de impresion, que aunque en lo material no sean los mismos de Hervey, tampoco invierten su sentido. «El traductor filósofo, dice Mr. de Alem-

bert en su ensayo sobre la traduccion, esto es, el que se atreve á no ser servil, y no quiere ser oscuro donde lo está el testo, debe abandonar el giro que este lleva cuando lo exige el sentido, ó para la claridad, ó para la vivacidad. = La mayor parte de los traductores, supersticiosamente adictos á sus originales, se creerian culpables si hermosearan los lugares débiles; estos se limitan solamente á ser unos meros copiantes, temiendo ser rivales de sus autores si no se permiten otra cosa que ser muy inferiores á ellos." El público juzgará si he acertado en mi trabajo, del que yo quedaré muy ufano solamente con procurar

á los hombres en esta obra una pintura de su miseria, que sin dejar de ser útil y ejemplarísima, está ejecutada con el colorido y espresion que forman las delicias de un siglo filósofo, y que sospecha siempre alguna bajeza en todo lo que no se le presenta bajo el dorado de un estilo brillante y fecundo de todas las gracias de la imaginacion y del sentimiento.

He añadido un Sepulcro, que es el último, conforme en cuanto pude con los de Hervey, y en el que refundí el discurso que se imprimió en la primera edicion con el título de Hervey á los lectores de sus Sepulcros. No sé si habré acertado en

esta prosopopeya, que sustancialmente no contiene sino el dicho discurso, que no quise omitir por la fortuna con que este ha corrido. Si esta adicion no agradare á alguno, podrá omitir su lectura, sin dispendio del gusto que le producirán los Sepulcros, de los que está enteramente separada.

Agregué tambien al principio un compendio de la vida de Hervey, en el que no hice sino seguir de muy cerca los pasos que dió Le-Torneur para escribirla. Fue preciso apartarme muchas veces para evitar prolijidades, ó por no sorprender á algunos lectores incautos con elogios muy superiores á los que se deben

á una virtud puramente natural, y á un celo manchado con el borron torpísimo de la heregía y del cisma. Estoy muy lejos de recomendar á Hervey, sino como á un hombre de bien y de bellísimo caracter; pero sus virtudes naturales y políticas no son dignas de los encomios consagrados solamente á las virtudes animadas de la fe del catolicismo, único taller y centro de ellas.

Los escritos de Hervey, enriquecidos de la mas esquisita filosofia, son dignos de colocarse al lado de los mejores filósofos de la antigüedad; sus descripciones poéticas, vivas y animadas del fuego mas brillante de la imaginacion, lo hacen

acreedor á los aplausos y entusiasmo con que leemos á Milton, á Young, y á otros semejantes que fijaron el gusto de la literatura, y dieron unos modelos en sus obras. Manejó Hervey el pincel de la naturaleza con toda la maestría que èra precisa para pintar unos cuadros en que resalta el colorido mas suave, la dulzura mas atractiva, y el sentimiento mas patético.

Tantas pinturas, particularmente de desengaño, como se encuentran en las obras de este escritor, nos prometen que al mismo tiempo que producirán en sus lectores un deleite sabroso y encantador, los harán sacar las consecuencias que se dedu-

cen de la atenta reflexion de los monumentos tristes de nuestra mortalidad, en los que se aprende á valuar el mérito verdadero de las pomposas nadas del mundo, y de los fugitivos y falaces encantos de la vida.

Nació Hervey en Hardingsthon, ciudad cercana á Northampton en 17 de febrero de 1714. Muy breve descubrió en sí una disposicion admirable para las lenguas cultas, en las que hizo rápidos progresos. Viéronse estos detenidos por una injusta emulacion, que produjo en Hervey cierto amor al descanso, que inutilizaba sus buenos disposiciones y talentos. A los 17 años de su edad fue enviado por su padre á la uni-

versidad de Oxford, en donde se estinguió enteramente en el joven aquel disgusto que habia concebido de las letras. Entregóse ávidamente al conocimiento de la física, cuyos fenómenos son los primeros amores de la razon de un hombre, que comienza á ver en el mundo el bello espectáculo de los cielos, el poder de los elementos, y la estructura orgánica de su cuerpo. Una aplicacion infatigable, una imaginacion viva y fecunda, y unos sentimientos propios de un corazon el mas sensible y el mas honrado, le merecieron la estimacion de cuantos lo conocieron.

Incapaz de prestarse á los impulsos de la ambicion, aceptó á fuerza

de muchas instancias el grado de maestro, cualidad necesaria para reunir en sí la posesion de dos parroquias, que su madre, su hermana y sus amigos lo empeñaron á recibir con las mas vivas instancias. Contento con sus pequeñas rentas, que no le hubieran bastado para vivir sin los auxilios de sus amigos, lejos de desear aquel ni otro empleo alguno, solo aspiraba á la quietud de una vida entregada toda á su estudio y á las delicias que le hacia sentir su bondad genial en el trato amable y benéfico con que se conducia respecto de sus semejantes.

El pobre, el enfermo, el afligido tenian en Hervey un amigo tierno,

á quien eran muy interesantes sus trabajos. El contenia los torrentes de sus lágrimas, y calmaba su afliccion por todos los medios que le inspiraba la generosa humanidad de su corazon. Su beneficencia no era un movimiento pasagero, ni obra solo de un impulso genial, sino un resultado de sus principios justos y razonables. El oro adquiria en su mano mas precio por el modo con que lo distribuia; dándolo con el mas exacto respecto á las necesidades, y con el semblante mas modesto y espresivo.

Cuando la Inglaterra y la Francia leian sus obras con el mayor entusiasmo, Hervey distribuia mas de

catorce mil libras que le produjo su venta, y los emolumentos de sus beneficios en las manos de los pobres, quienes siempre hallaron en la bolsa de Hervey un dulce y seguro recurso en sus urgencias. Moderadísimo en sus gastos, administraba sábiamente el fondo de sus haberes, que juzgaba eran el caudal de muchos necesitados, á quienes los distribuia con una atingencia *la mas acertada. Nada reservaba para sí fuera de lo muy preciso. Muchas veces decia: yo quiero ser mi ejecutor testamentario, y lo cumplió asi; porque cuando murió sus fondos estaban casi exaustos, y como falleció en invierno mandó que lo poco que*

dejaba se invirtiese en comprar vestidos propios de la estacion rigurosa para cubrir la desnudez del pobre.

Su pasion fue la beneficencia con sus hermanos. Jamas dejaba de tener algun proyecto en favor suyo, y siempre hablaba de esto á sus amigos. Su propension ingeniosa en socorrer á los necesitados le llegó á inspirar el que empeñase á los médicos que conocia, para que cuando pasaran por sus pueblos visitaran á los enfermos, que él ó alguno de los vecinos les indicasen. Encargóse igualmente de pagar de su bolsillo los medicamentos que ordenaran, lo que verificó siempre con tanto gusto

como si él fuera quien habia convalecido. Nunca fue de dictamen de que se mezclaran los curas en dar medicinas. Mis hermanos, decia, den pan á los infelices, dénles vino y alimentos saludables, pero los remedios son una cosa muy delicada para aventurar su uso con tanta ligereza.

Ni era menos exacto en prevenir aquellas necesidades de los hombres que exigian otros auxilios no menos importantes que los pecuniarios. El cuidado de sus parroquianos no podia menos que desvelar un corazon al que habia dotado la naturaleza de una piedad admirable. La instruccion de su pueblo le merecia una

solicitud infatigable. El púlpito era para este párroco una ocupacion que á nadie confiaba, aun en los casos en que sus enfermedades parece que lo debian dispensar de este ejercicio; y su bondad le habia grangeado tal concepto entre sus feligreses, que bastaba solamente su presencia para prevenir los corazones, de modo que cuando llegaba á hablar, los penetraba y conmovia estraordinariamente. Su estilo era acomodado á la comprension del pueblo mas rudo. Jamas usó de aquel con que se procura sorprender la admiracion de los sabios á costa de la instruccion necesaria del pueblo ignorante. Su moderacion para reprender los vicios

tampoco lo dejó tomar aquel tono de acrimonía y de dureza en que el furor, la sátira y los transportes de la ira, mas contrarios á la moderacion, hubieran hecho á los oyentes que sospechasen algo contra un caracter tan dulce como el de Hervey. Todos lo oian como á un padre, como á un amigo, cuyo celo animaba las espresiones y la voz para atraer al buen camino á los descarriados. Disparaba sus tiros contra el vicio, dejando indemnes las personas.

Los pueblos de Colingtre y Westonfavel ofrecian en sus cabañas pobres y sencillas un objeto digno de la sensibilidad de Hervey, que con-

sagró todas sus fuerzas en obsequio y servicio de sus habitadores: fijó en medio de ellos el domicilio de su vida, adoptó estas familias de labradores, vivió y se complació con ellas como un padre con sus hijos. Juntábalas en ciertos dias para hablarles del Dios que fecunda sus campos, ponderábales el valor de sus beneficios, acomodaba á su capacidad y á su lenguage las ideas mas elevadas de la moral, enseñábales á sentir la dicha de su tranquila condicion, y á no envidiar las agitadas fortunas de las ciudades: los acompañaba en sus fiestas y en sus inocentes alegrias, consolaba en los trabajos á los que sufrian:

alegraba por mucho tiempo á la madre de familia con acariciar un momento á su pequeño hijo: animaba al trabajo al robusto joven, mostrándole á su padre decrépito, que habia llegado al tiempo de reposar de sus largas fatigas: se paseaba con el viejo en la estacion florida de los bellos dias, le hablaba con alegria de la muerte á la sombra de un árbol frondoso, y le suavizaba con sus discursos los horrores del sepulcro, proponiéndoselo como un término deseable de las penas y dolores de la vida.

La virtud de Hervey fue tan generosa, que no exigia ni aun las recompensas de la gratitud. Un hombre tan bueno no careció de enemi-

gos, pero nunca se quejó de ellos. Aunque se le dijera haberse inventado contra él la mas negra calumnia, nada mas respondia sino lo que en una ocasion semejante dijo á sus amigos. = Estas gentes tienen el cerebro enfermo y desorganizado: es menester rogar á Dios que las cure, ¿y yo por qué me he de enfadar con un hombre que tiene trastornada la cabeza?

Una alma tan sensible pudiera haber manifestado alguna debilidad en los trabajos; pero ella supo habitar en un cuerpo enfermo tranquilamente. Se puede decir que Hervey no gustó la juventud ni la virilidad, porque nunca probó sus encan-

tos. Sus enfermedades, tan lentas como dolorosas, convirtieron la mayor parte de su vida en una larga agonía. A los 30 años fue transportado á la vejez por una enfermedad que lo puso (escribia él mismo) en tal situacion, « que no podia comtemplarse sino como un barco que habia perdido los cables y que hacia agua por todas partes: una langosta para miseria, un peso insoportable. El menor soplo de un viento fresco me yela: una languidez inesplicable, una indisposicion continua me persiguen y minan mi existencia débil.» En medio de una situacion tan deplorable multiplicaba sus esfuerzos para seguir los impulsos de la natural

piedad, y á la manera de un atleta infatigable, con una mano luchaba con las olas impetuosas de sus enfermedades, y con la otra conducia el cayado de pastor, ó una pluma sábia y animada siempre del fuego poético, que le era tan genial, y que no se apagó en él sino con las últimas centellas de su vida.

Escribió los sepulcros, de cuyo mérito y del aprecio que esta obra mereció á los sabios hemos hablado en el prólogo. Sus meditaciones sobre un jardin, sobre la noche, sobre un cielo estrellado, y sobre el invierno, son muy poco inferiores en mérito á sus Sepulcros. Escribió tambien las conversaciones de Teron

y Aspasia, y otras obras menores, que corrieron con mucho aplauso, aunque Hervey fijaba muy poco la consideracion en sus elogios para entregarse todo á procurarse otra satisfaccion mayor, cual era la que le producia el servir de cuantos modos podia á sus semejantes.

Al fin, reducido por sus enfermedades á no poder ir de cabaña en cabaña visitando como lo tenia de costumbre á sus parroquianos, los juntaba en su casa. Sentado en medio de ellos, deploraba sin afectacion, y con un pensar sincero la impotencia á que se veia reducido de llevarles por sí mismo sus instrucciones y sus socorros. Se comparaba

á un soldado inválido sin miembros, sin fuerzas, y al que no restaban sino la respiracion, la voz y el valor. Sus pobres paisanos en estas ocasiones agotaban la ternura de su corazon para con su cura, y formaban con él la escena mas natural y mas patética.

Agraváronse mucho mas sus enfermedades á principios de octubre de 1758, y al llegar diciembre Hervey perdió toda esperanza de restablecimiento. Una tarde se vió asaltado de los anuncios mas próximos de su muerte. Mucho tuvo que hacer su hermana para que pudiese subir la escalera de su cuarto, de donde ya no volvió á salir sino para

el sepulcro. El sueño le abandonó enteramente. Su cuerpo estaba tan flaco que no se le podia tocar sin lastimar sus descarnados y sensibles huesos: todo lo constituia tristemente en la rueda del dolor. Su temperamento no podia acomodarse al opio, con el que pudieran adormecérsele un tanto sus amargas sensaciones. Le era indispensable velar sin descanso en la tortura.

El 19 de diciembre se disminuyeron algo sus dolores, y cayó en una especie de letargo. A la mañana siguiente lo vino á ver su amigo el Dr. Sthonousa, quien le habló de materias convenientes á su situacion. Hervey contestó á ellas con su acos-

tumbrada energía. La víspera de morir quiso dar unos pasos en su recámara, pero hubiera dado consigo en tierra, si su hermana, recelosa de su estremada debilidad, no lo siguiese con los ojos: corrió esta viendo que se desvanecia, y lo recibió al caer entre sus brazos. Su aspecto cadavérico y frio, el hallarlo sin pulsos y sin respiracion la persuadieron á que ya era difunto. Al volver de este desmayo estaba presente su hermano Guillermo, que habia venido de Londres á visitarlo en su enfermedad, y le dijo: =¡Os creimos muerto! =Yo desearia, respondió el cura, que hubieseis creido la verdad.

Su vicario y el Dr. Sthonousa le visitaron afectuosamente, y Hervey procuró manifestarles su gratitud del modo que su estremada debilidad se lo permitia. Poco antes de morir se despidió con mucha espresion del médico, y le dió las gracias por su cuidadosa asistencia en su enfermedad. Guardó silencio por algunos instantes; luego se hizo levantar un poco en su poltrona. Apoyó su cabeza en uno de sus brazos, dijo algunas palabras de conformidad en aquel trance, cuya proximidad conoció, y sin suspirar ni gemir ni otra seña aun la mas ligera de conmocion, cerró sus ojos para siempre, despues del medio dia de

Natividad á los 45 años de su vida, que consumieron el dolor y el trabajo. El teatro en que representó este hombre de bien fue oscuro y estrecho; pero el actor era sublime. Los Sócrates, los Arístides y Epaminondas, cuya virtud llenó de aplausos los antiguos dias de su existencia, hubieran cedido la palma y su nombre á este justo de la naturaleza, que fue el encanto de los corazones que lo trataron; pero faltó á Hervey para que lograse la gloria de la inmortalidad que la historia da á los grandes hombres, el que la religion coronase su cabeza de sus sagrados laureles. Hervey por un arcano de la Providencia, que no es

menos justa cuando derrama el torrente de sus divinas luces sobre un entendimiento, que cuando deja á otros en sus voluntarias tinieblas, nació, vivió y al parecer murió en las del cisma y heregía de su pais.

Una de las cosas que mas honor hacen á estas es el funeral de Hervey. Sencillo y sin ilusion alguna de las que infunde el fastuoso del grande, respiraba todas las ideas de nobleza que adornan en cualquiera situacion á la virtud. Su mortaja no fue distinta de la del pobre, con qnien siempre vivió familiarmente. Su iglesia le ofreció un sepulcro humilde, y sin mas adornos que los atractivos del amor que llevaban

consigo las cenizas que se iban á depositar en él. El pueblo agotó su llanto, y Hervey bajó á la sepultura cubierto de las lágrimas de sus feligres, y bendito de ellos por su beneficencia Los corazones de tantos infelices que hallaron en el suyo toda especie de consuelos, lo siguieron hasta lo mas hondo de la huesa, alli lo acompañaron los afectos mas tiernos de la gratitud aun despues de muchos años. Los dos lugares de su inspeccion quedaron desolados con la muerte del cura. A la campana que anunció su fallecimiento correspondió un grito universal de ellos, con que el dolor mas agudo hizo oir hasta nuestros dias.

el testimonio mas auténtico de la bondad, amabilidad y prendas del que acababa de fallecer. ¿Qué mayor elogio puede hallarse de la vida de un hombre, que las lágrimas que el dolor mas agudo hace brotar en su muerte de los ojos de sus conciudadanos?

Hervey dirige estas meditaciones sobre los sepulcros á una dama inglesa. Esta obra no es otra cosa que una pintura de las imágenes y sensaciones que supone haber producido en su alma la vista y reflexiones que hizo de los sepulcros de Cornovaille.

LOS SEPULCROS

DE

HERVEY.

Plurima mortis imago.
VIRGILIO.

VIAJANDO yo una vez sin precision alguna en la provincia de Cornovaille, el mismo camino que llevaba, me impelió á llegar á una de sus ciudades mas populosas, é hice mansion en ella.

Hay en la vida ciertos dias en que el hombre se siente con mas

disposicion para meditar que para obrar. Estábamos en la estacion del otoño, tiempo en que suele exaltarse la imaginacion, y que mas que los otros mueve en las almas sensibles los pensamientos y la dulce melancolía. La hermosura esterior del templo del *lugar* atrajo mi atencion, y aquella aptitud en que se hallaba mi espíritu dirigió mis pasos á la iglesia.

Sus puertas, como las del cielo, estaban abiertas para todo el mundo. A nadie se reusaba la entrada. Me interné, y luego que estuve bajo de sus bóvedas sagradas, y en la profunda paz que alli discurria, se llenó mi alma de una multitud de

pensamientos los mas serios, y teñidos de una cierta tristeza que no carecia de dulzura. Entonces me quedé abismado en la meditacion....

Su nave era antigua... ¡Cuántos siglos han pasado ya desde que las manos que la edificaron estan en el polvo! Está situado el edificio en el centro de un vasto y aislado cementerio, lejos del tumulto y del bullicio. Era tambien espacioso y de muy buena estructura. Todo su conjunto respiraba una noble simplicidad. Dividia su longitud una fila de columnas regulares, que sostenian su bóbeda magestuosamente. La luz debilitada en su paso por el templo, producia cierta claridad

sombría que daba á los objetos un aire mas serio y mas grave. El silencio, la soledad del lugar redoblaban el horror santo, y hacian su aspecto mas sublime y mas augusto. Entonces comenzó á apoderarse insensiblemente de mi espíritu un temor religioso. A medida que me internaba pensativo y taciturno en su profundidad, sentia que mis pasiones se calmaban, y casi se estinguian en mi corazon; veia que se deshacian de mi memoria las ideas risueñas del mundo, á la manera que se disipan los fantasmas del sueño en los primeros instantes de la vigilia.

Arrodilléme, adoré la magestad eterna que llena el trono de los cie-

los, y que es incapaz de ser circunscrita por el recinto de los templos que nuestras débiles manos erigen sobre la tierra... Levanté los ojos, y mis primeras miradas se fijaron en una inscripcion que grabó el artífice, satisfecho de haber llevado su obra á la última perfeccion, y deseando eternizar sobre la piedra su reconocimieuto.

¡O cuán estimable es esta virtud, sobre todo cuando ella se dirige al sumo benefactor! Es uno de los sentimientos mas puros que pueden penetrar hasta el corazon del hombre. Uno de los principios mas nobles que pueden tener sus acciones. El arrepentimiento supone culpa,

el ruego manifiesta nuestra impotencia; pero el reconocimiento es una virtud desinteresada, generosa, celestial. Sí, este sublime sentimiento sigue al hombre á los cielos, en donde el colmo de los bienes que posee, nada le deja que desear, ni la santidad de sus habitadores tiene que clamar por el perdon de unas culpas que ellos no son capaces de cometer.

II.

Un objeto mas serio se apoderó inmediatamente de mi atencion. Vi todo el pavimiento de la iglesia cubierto del uno al otro estremo de epitafios breves. Creí que en esto

instante se desplegaba delante de mí el terrible libro de Ezequiel, cuyas hojas lúgubres no contienen sino duelos, lamentaciones y desgracias. Importunaban mis ojos estas fatales inscripciones, y parece que los solicitaban para que leyesen su mudo lenguage... ¿Que querrán decirme estos tristes intérpretes?... ¡Ah! ellos me avisan, que bajo su estrecha superficie fueron depositadas algunas porciones de barro, insensible hoy, pero que estuvo animado en otro tiempo; que tuvo vida, movimiento y palabra. « Nosotros, me decian, estamos encargados de conservar los nombres; sin nosotros, sin esta piedra que habla todavía de ellos,

hombres y su memoria se habrian sepultado en un olvido eterno."

¡Gran Dios! (esclamé dentro de mí) ¡en qué situacion me hallo! Al derredor mio veo la magestad de mi criador; bajo de mis pies huesos de mis semejantes. Justo será que yo esclame ahora con el patriarca. «¡Qué augusto, qué terrible es este lugar!" Conviene pues que el hombre se revista aqui de la seriedad mas grave, y que abra su corazon á las inspiraciones religiosas. ¿Puedo yo entrar en esta habitacion sagrada, sin cubrirme de horror y espanto?

Pluguiese á Dios que ellos fueran sabios, dijo al morir el santo legis-

lador de Israel. Este fue el último voto que dirigió al cielo por los suyos. ¡Oh, quisiera Dios que ellos discurriesen bien, aunque fuera solamente sobre este asunto, y que nunca apartasen su vista del término de sus dias!... Mortales, por vosotros se dirige al cielo esta súplica. Venid á los sepulcros: sobre ellos es donde debeis estudiar lo que mas os importa conocer. Nunca podreis escuchar esta gran leccion en medio del mundo alborotado, ni del tumulto de los negocios. Venid á estas mansiones del silencio. Vuestra alma tranquila entonces, se conmoverá vivamente con la voz que se levanta del fondo de

las urnas. Aqui (1) es donde el mayor maestro, el sepulcro, tiene su cátedra de verdad; venid pues atencion, tranquila calma, venid á recoger mis pensamientos. Y tú espíritu celestial, ilústrame con uno de tus rayos, para que yo lea útilmente estas pocas pero instructivas páginas, y para que aprenda á morir.

Examinando yo el depósito de la

(1) Feliz el sabio que disgustado de los vanos placeres del mundo, se oculta gustoso en la espesa y silenciosa sombra del cipres, y visita las bóvedas sepulcrales, donde no hay otra luz sino sola la llama de la muerte. Con sus reflejos leyó los epitafios de los que ya fenecieron, pesó su polvo y se divirtió en medio de los sepulcros.

Seis versos de la noche V. de Young.

muerse, veo en él una multitud de hombres amontonados sin distincion alguna (1), y mezclados confusa y desordenadamente: pero ¡ con qué paz duermen todos juntos y amigos! En esta casa del duelo jamás se disputa la esfera ni el lugar. Ninguno aspira aqui á captarse las primeras atenciones. El polvo del hombre bajo, ningun respeto manifiesta al de los grandes. El viejo lleno de años y de esperiencias, el viejo que cuando vivió fue visto como el oráculo de su siglo, no deja de verse arrojado á los pies de un niño. Aqui reposa el pobre con un sueño tan dulce como el del rico. Aqui el amo

(1) Mixta senum ac juvenum densentur funera. (*Hor.*)

y el criado llevan una misma librea. Un sepulcro de céspedes para el pobre, otro de piedra adornado de varias figuras para el rico: ved la única distincion que hay aqui entre estas dos clases. Pues ¿para qué (decia yo entre mí), para qué es meter tanto ruido por la superioridad ni por la preferencia, supuesto que la muerte nos debe igualar á todos dentro de muy breves dias? ¿Para qué procurar nuestra elevacion, tal vez á costa del abatimiento de nuestros semejantes, si muy luego nos veremos colocados á nivel en el sepulcro, y formando un mismo polvo? Ah! pueda esta reflexion humillar mi orgullo, y abatirlo tanto,

como lo estará dentro de poco en mi humilde y postrera habitacion.

Sin duda entre estos confusos residuos de la humanidad se hallan muchos hombres que en vida fueron enemigos; pero la muerte, este juez árbitro que sentencia sin apelacion, estendió su poderosa mano sobre los dos partidos, y terminó las querellas de su vida (1). El sepulcro los reconcilió para siempre. Acaso sus huesos conforme el tiempo los rompa y los disuelva, se abrazarán mezclándose para formar un mismo polvo. Aprendamos en

(1) Hi motus animorum atque hæc certamina tanta pulveris exigui jacta compresa quiescunt. (*Virgil.*)

estas cenizas reconciliadas á no eternizar la memoria de las injurias, á calmar la fiebre de nuestros resentimientos, y á sofocar dentro del corazon todo espíritu de venganza. ¡Qué! ¿no podrá reinar entre los vivos esta union, esta paz que reina en la sociedad de los muertos?

III.

Pero ¿qué sepulcro es aquel que cubre esa piedra, cuya blancura purísima parece el emblema de la inocencia?... Acerquémonos.... Yace aqui un niño que recibió y volvió, casi en el mismo instante, su alma tierna y fugitiva. No conoció la pena

ni el dolor. Solo se detuvo en las puertas de la vida el momento que bastó para lavar la mancha de su origen : dijo un rápido adios al tiempo, y á la tierra, y se arrojó de la cuna al sepulcro. ¿ Qué veria tan chocante é insoportable en nuestro mundo, que quiso salir de él con tanta apresuracion ? ¿ Seria acaso, que al probar la vida este forastero niño, le pareció su cáliz tan amargo que volviendo su rostro hácia otro lado, ya no quiso apurar mas sus heces ? Disgustado desde el primer ensayo, habrá huido de la tierra para salvarse en la paz del sepulcro, que le pareció mas dulce y mas tranquilo.

Dichoso y rápido pasagero, apenas tocas las costas, ya te ves seguro en el puerto. Por lo mismo son acreedores á una dicha mayor que la tuya los que han luchado con las olas y las tempestades de una larga y peligrosa navegacion, los que han cuidado en el camino de los compañeros de sus trabajos, y los que han dejado ejemplos de su valor á los viageros que los sigan.

Pero no se altere tu emulacion, ó novicio, que fuiste aceptado antes de sufrir prueba alguna: tú quedaste exento de sufrir el mas ligero golpe del cúmulo exorbitante de males que oprimen á tus padres: ¡feliz niño! No conociste tú esos

crueles males que arrancan tan frecuentes suspiros al valor mas firme, ni probaste los golpes destrozadores que dejan los placeres al espirar en el corazon humano.

Padres afligidos, dejad vuestro duelo, enjugad vuestro llanto; ¿para qué afligiros de que vuestro hijo haya sido coronado por la victoria, aun antes de haber combatido? Puede ser que el árbitro supremo de los acontecimientos humanos previese en lo por venir algun lazo inevitable en que seria presa su incauta juventud, ó que quisiese librarlo de alguna desgracia terrible que le esperaria en la vida. ¿Por qué os quejais de su tierna provi-

dencia? ¿Qué cargo podreis hacerle? Esta es una reciente flor que tuvo cuidado de guardar en su conservatorio antes que el trueno comience á resonar, y antes de que haya llegado la estacion de las tempestades. ¡Ah! Acordaos que este niño tan amado vuestro, no se os perdió, sino que fue sustraido solamente del futuro mal que lo amenazaba (1).

Y nosotros los que estamos condenados á sufrir el peso del dia y

(1) Dichoso el hijo privilegiado, cuyo destino abrevió la carrera y el trabajo. Y que recibió ayer el don, ó por mejor decir el peso de la vida, para dejarlo mañana. *Cuatro versos de Prior.*

del calor, no nos acobardemos: pensemos cuanto mas glorioso es el haber entrado en el combate, que cuanto mas duro y mas largo fuere dará mas precio á la victoria. El Señor, que debe pagarnos nuestro trabajo, sabe valuar su mérito; llenemos nuestros deberes, y reposemos en la generosidad de este Señor por lo respectivo á nuestro salario.

IV.

Aqui estan sepultadas las delicias de una madre apasionada, y la desvanecida esperanza de un padre tierno. Este jóven crecia felizmente como una planta que se riega con el

mayor cuidado. Pero cuando este altivo cedro comenzaba á encumbrar su cima, en la edad en que iba á ser la gloria y el orgullo de la floresta, y el rey de los árboles que lo circundaban, la hacha, ¡oh! la fatal hacha hirió su tronco. Diósele el mortífero golpe: cayó, y sus soberbias ramas fueron arrojadas y manchadas en el polvo. Asi cayó este joven en la primavera de sus dias, arrastrando con su caida las esperanzas lisonjeras de su padre, que le dió el ser, y los proyectos ambiciosos de la madre que lo llevó en su seno.

¡Qué espectáculo tan lastimoso seria el ver á estos tristes padres,

cuando conducian al sepulcro el exánime cuerpo de su hijo! Me parece que los veo abismados aun en la tristeza, en pie á la boca del sepulcro; inmobles como unas estátuas, anegados en sus lágrimas! ¡oh, que imágenes tan enérgicas del dolor! No es una ilusion, no: yo estoy ahora incorporado con la multitud que sigue este entierro, oigo los últimos adioses que la madre da á su idolatrado hijo. Interin se concluye esta triste ceremonia veo á la infeliz madre silenciosa y estúpida, apoyada, abandonada en los brazos del esposo, á quien no menos que á ella oprimen sus cuidados; pero á poco, no pudiendo el cora-

zon de la madre sostener el peso que la oprime, el silencio llega á serle mortal. Por fin, la ternura la arrastra violentamente al borde del sepulcro: toda su alma va á refugiarse á sus ojos, y ella fija en el féretro, é inclinada sobre la fosa todavia quiere ver á su hijo antes que se le desparezca enteramente en el sepulcro. Al fin lo ve, y esclama con acentos que interrumpen mil veces sus sollozos. « A Dios hijo mio, mi hijo, mi querido hijo: ¡oh! y quisiera Dios que yo muriese por que tú vivieras... Hijo amado, á Dios. Contigo va á sepultarse para siempre la única dicha que hubo para mí sobre la tierra. Nada podrá ya con-

solarme; yo iré llorando todos los dias de mi vida, hasta que el dolor me precipite contigo en el sepulcro."

Padres y madres, si amais á vuestros hijos, si vuestras entrañas se conmueven á vista de estas prendas de vuestras ternuras conyugales, yo os conjuro á que no perdoneis diligencia alguna para formarlos en la virtud. Si conseguis esto, y ellos os vivieren, os alegrareis; y no quedareis sin consuelo si os fuera preciso perderlos. Si se alarga la duracion de su dias, serán ellos el báculo de vuestra vejez, y su compañía será como un bálsamo que endulzará la amargura de vuestros últimos años. Pero si la muerte corta

por la mitad el hilo de su vida, podreis sin desesperacion confiarlos á la tierra, y os sostendrá la esperanza de volverlos á ver algun dia felices é inmortales en vuestros brazos.

Yo convengo con vosotros en que es un dolor cruel para una madre verse separada de un hijo al que se unia su corazon por los vínculos mas tiernos, de un hijo á quien ella habia estrechado tantas veces entre sus brazos amorosos, que formaba las delicias de sus ojos y el apoyo de su familia; y el verlo arrancado de su seno, y precipitado desde su juventud en la espantosa morada de la corrupcion. Pero reflexionad tambien, discurrid cuanto mas dura

cosa seria ir en seguimiento de su féretro ocupada de estos amargos pensamientos. «Este hijo mio, á quien yo amé tanto, ha salido del mundo en una edad en que ya era capaz de distinguir el mal y bien, sin haber aprendido de mí el fin importante para que Dios lo hizo nacer. Recibió de mí una existencia de algunos años que ya pasaron; pero yo no supe empapar su corazon en aquellas lecciones de virtud, en aquellos saludables avisos, que hubieran afianzado su fortuna en el estado permanente en que hace poco que entró. Su cuerpo está ahora en la tierra para acabar de perecer y de disolverse en ella; pero, ¡ay! ¿y

su alma? ¿Qué sé yo si goza de una suerte mas feliz? ¡Gran Dios, que temor me infunde en este caso tu justicia! ¿Quién sabe si mientras yo derramo acá unas vanas lágrimas por su anticipada muerte, él maldice en otra parte el dia infeliz en que recibió la vida de una madre tan negligente, que nunca le habló de la virtud?"

No, no hay dolor que iguale á la amargura que producirán estos crueles remordimientos.

V.

He aqui un monumento que me

anuncia el suceso mas trágico. Cuatro figuras en toda la aptitud del dolor, con un aire melancólico y pesaroso, inclinan sus afligidas cabezas sobre el sepulcro. No es posible verlas sin que se apodere del corazon la tristeza que respira sobre estos insensibles mármoles. Leamos... ¡Eh! Este es un joven de 28 años; una muerte repentina lo sepultó, cuando estaba aun en lo mas vigoroso de su salud y en la fuerza de la juvenil edad: ¡ah! sin duda que él estaria muy lejos de pensar siquiera cuan próximo se hallaba á su fatal hora: y en efecto, ¿quién podria sospechar que este brillante astro debia eclipsarse en

medio de su curso? Su semblante florido, propio de la sanidad, su paso vigoroso y lleno de fuerza, todo anunciaba en él á los ojos de los mortales el presagio mas seguro de que gozaria una larga sucesion de años. El mismo se complacia meditando la dilatada perspectiva de placeres, que debia ofrecérsele sucesivamente sobre la tierra, cuando descendió del brazo omnipotente un golpe inesperado que lo estrelló como á un débil gusano que se deshace entre nuestros dedos.

¡Qué desgracia! Acercábase ya la hora de sus nupcias. Lleno de la idea de su dicha, decia su corazon suspirando de enamorado: « dentro

de muy pocos dias voy á poseer el objeto de mis deseos. Ya en fin podré decir: es mia la belleza que me encanta; ya mi corazon podrá gozar de lo único que desea."

Si en el delirio que un sueño tan encantador producia en este joven, le manifestase un amigo suyo el sepulcro, y le hablara del término de sus dias, término en que todos acaban; ¡cuán importunas le hubieran parecido en este caso tales reflexiones! ¡qué estraña le habria parecido esta conversacion! Con todo, al tiempo que el joven sentia sus venas animadas del fuego de la vida, cuando su cabeza estaba ébria con las ilusiones de una felicidad ima-

ginaria, el desdichado joven bamboleaba ya sobre la boca del sepulcro... ¡Vicisitud horrorosa: convertirse la celebridad de sus bodas, en sus lúgubres funerales... ¡O siempre deplorable infortunio! Naufragar en el puerto, perecer á vista de la dicha. ¡Qué monumento tan significativo de la debilidad humana es el que ahora tengo delante de mi vista! ¡O vosotros los que estais ébrios de vuestra juventud, y vivis sin cuidado por lo sucesivo! acercaos: leed este dato, y no quedeis responsables de lo que mañana puede suceder.

. . . .

Mientras la joven esposa preparaba el lecho nupcial, que ella her-

moseaba con sus mas ricos adornos, ínterin componia con sus manos la almohada de pluma, en que la cabeza de su amado habia de reposar; la impía muerte... ¡ Ah ! no os fieis de la juventud, de la sanidad, ni de cosa alguna que pueda morir. Nada hay cierto sino Dios, que jamas se muda. La muerte preparaba á este joven otro lecho de tierra, al que fue conducido en el centro de una comitiva de amigos, no ya alegres y placenteros, sino en un féretro frio, y seguido de una larga fila de semblantes en que iba pintado el duelo mas melancólico, y en el silencio mas profundo. Este lecho de tierra es el único en que debia pasar la larga

noche de la muerte, y del que no se levantará hasta el instante en que los cielos dejen de ser cielos (1).

Acaso á la misma hora su amante joven concluiria sus preparativos pa-

(1) Esta desgracia es de la misma clase que aquellas que pintó Plinio el Joven con los colores mas vivos en una carta escrita por él á Marcelino.

¡O triste plane, acerbumque funus! O morte ipsa, mortis tempus indignius! Jam destinata erat egregio juveni; jam electus nuptiarum dies, jam nos advocati. Quod gaudium quo mærore mutatum est! Non posum exprimere verbis quantum animo vulnus acceperim, cum audivi Fundanum (ut multa luctuosa dolor invenit) precipientem quod in vestes, margaritas gemmas fuerat erogaturus, hoc in thura et unguenta et odores impenderetur.

ra recibir á su amado; puede que en la impaciencia que agitaba su corazon, como en otro tiempo al de Sísara, dirigiese á la llanura sus ojeadas inquietas, murmurando la lentitud de su esposo, admirándose de no ver volar hácia ella su carroza. ¡Qué lejos estaria de pensar que su amante nada tenia ya de comun con las cosas de la tierra! que su alma ocupada solo de los cuidados eternos, ya no le quedaba ni memoria de su querida *Lucinda*. Ve ¡oh doncella desgraciada y cruelmente desolada! Vete á llorar la instabilidad de las cosas humanas: enseña tu corazon á que desde hoy no aspire sino á los bienes inmutables y seguros; tu

amable, tu querido *Fidelio* duerme ya en otros brazos; ya no será estrechado por los tuyos amorosos, porque ya lo estrechan las elados de la muerte en el olvido... En el eterno olvido de este mundo... Y de tí...

A vista de un espectáculo semejante el hombre se ve tentado á levantar su voz para insultar á la muerte, y echar en cara á este tirano con el grito del dolor su estravagante crueldad. Ella se complace en trastornar el orden de la naturaleza, y cuando busca víctimas hace un juego bárbaro de comenzar por el fin el registro de los vivientes. La cruel, en una de estas ocasiones pasará por sobre el lecho del decre-

pito anciano con su guadaña suspensa y sin esgrimirla, lo dejará abandonado á su languidez, para correr á segar la infancia, al tiempo en que esta edad, como una flor en boton, apenas empieza á abrirse á la vida; la juventud en su flor abierta ya, y al adulto en su vigor y en la madurez llena de la edad.

Hijos de los hombres, ¿cuántas veces os veis asaltados de la muerte cuando estais aun en medio de la vida? ¿Quién puede huir sus golpes, sus tiros repentinos y rápidos como los del rayo que nos hieren y nos trastornan en una pestañeada? ¿Qué seguridad puede haber contra sus traidores asaltos, sino la de vi-

vir siempre en prevencion? Nadie puede adivinar cual de sus víctimas será la primera que inmole. Finalmente, estad preparados, porque en la hora en que menos lo penseis... Terrible advertencia! Al escucharla me parece oigo resonar sobre mí el espantoso trueno. Mi alma se cubre de un horror frio que se comunica á todos mis miembros.

VI.

VED aqui un nuevo monumento que me repite la misma advertencia. Yace aqui un hombre que fue arre-

batado de la vida, y arrastrado repentinamente hasta el tribunal del Eterno, sin que so le diese lugar para despedirse de sus amigos, asombrados y llorosos por su improvisa muerte. Murió este infeliz de un golpe casual.

¡Un golpe casual! ciegos mortales, este golpe salió de una mano muy certera, pero invisible. Dios es el que dirige lo que vosotros llamais casualidad. Ninguna cosa acaece por una ciega fatalidad; ni hay suceso alguno que no haya previsto, y no haya hecho nacer la eterna sabiduría. El Dios á quien siempre rodean los mensageros de la muerte, firmó el decreto, y lo mandó ejecutar. Aquel

accidente que nos pareció imprevisto y fortuito no es otra cosa que la ejecucion fiel de los decretos supremos. Un hombre encorbó el arco, y disparó la flecha al aire y sin direccion alguna, decia el monarca impío, y fue tocado de ella, y herido de muerte. El lo creia asi, pero se engañaba. Nosotros no vemos mas que el suceso, y Dios que es autor se oculta en él á nuestros ojos. Doctrina consolatoria que debe acallar nuestros llantos, y secar las lágrimas que tan copiosamente derraman nuestros ojos por la de nuestros amigos, y que igualmente nos puede inspirar una quieta intrepidez aun en medio de los mayores peligros.

¡Qué corto es el camino qne hay del tiempo á la eternidad! ¡Pobre Cremilo! ¡Aun me acuerdo!!! sí, se levantó de una mesa de juego y cayó en la noche de la muerte... Corina se entretenia ayer, su alegria y vivacidad animaban toda la asamblea, y su adorno encantaba todos los corazones de cuantos la veian; pero hoy pálida y desfigurada, su cuerpo tendido é inmoble, va á aumentar ya el polvo de los muertos... El joven Atico no vivia sino de la esperanza de gozar del palacio que estaba acabando de edificar. Impaciente por verse establecido en él, apresuraba ya la conclusion de la obra, que no habia de gozar ni una

hora solamente. El dia mas bello iluminaba sus soberbios salones; pero los ojos de su dueño se cerraron ya, y estan cubiertos de una eterna noche. Ya no irá á imaginar bajo la sombra de esos jardines plantados con tanta magnificencia, porque ha bajado ya á los sombríos valles de la muerte.

Mientras estoy meditando en medio de estos sepulcros, perece una multitud de hombres de una muerte no menos trágica. El ojo del Ser que penetra este globo, y que registra de una mirada todos sus habitantes, vé en él ahora mismo tantos desastres y duelos, como ofreció el Egipto en aquella noche

en que el angel esterminador multiplicaba sus golpes sobre esta nacion proscrita. El uno cae de su asiento sin vida, y ya no responde á los gritos que le dan sus consternados padres: otro espira debajo del mismo árbol en que habia venido á descansar y á recrearse con la vista de un paisage lisongero: otros son heridos cuando vuelven llenos de impaciencia y de gozo á sus pátrias y á sus hogares, que no volverán á ver: otros son sorprendidos con la injusta ganancia en las manos; algunos en el acto mismo de la disolucion ó de su crueldad.

¡Ay! ¡qué multitud de peligros y de imprevistos inevitables escollos

sitian nuestra débil existencia! Un caballo fogoso arrojó á su ginete y lo estrelló contra una piedra. Se desploma un edificio, y sepulta en sus ruinas á los que pasaban junto á él. Suéltase una pizarra fatal del techo y nos mata. El átomo mas pequeño puede destruir la constitucion mas robusta; ¿pero qué digo? La muerte se mezcla en el aire que respiramos, en el alimento que nos mantiene, en la sangre que nos anima. El reposo lo mismo que el trabajo nos es mortífero; perecemos igualmente de abundancia que de necesidad. La muerte en fin se insinua por todas partes, y circula aun en las fuentes mismas de la vida.

VII.

¿TAMBIEN á tí, oh desventurada Sofronia, encuentro en este lugar?.. El negro mármol de esta columna me avisa que en este sitio estan depositados los restos de una madre tan llorada, que murió dando á otro la vida. ¡Oh calamidad repetida con demasiada frecuencia! Nace el retoño y el tallo muere. Respira el hijo el primer aliento vital, y la madre respira el último en medio de la sonrisa maternal. ¡Qué espectáculo tan tierno! En un mismo mo-

mento se la ve madre y cadáver frio; y aun se puede llamar feliz, porque no espira en medio de unos dolores inútiles y crueles, y si su vientre no se convierte en sepulcro del niño. ¿Pero qué digo? ¡Ah! esta desgracia es menos deplorable; acaso seria mejor (si no fuese por los intereses del espíritu) que el infante se parara en el camino que hay de la nada al ser, que el que entrase en una vida donde recibe el hombre el infortunio. Acaso seria mejor que quedase sepultado en el seno en que fue concebido, que el que se espusiera sobre la mar del mundo á merced de mil riesgos á que vivirá espuesto sin la solícita

vigilancia de una tierna madre que hubiera afirmado los pasos débiles de su niñez, y servido de guia á su juventud.

La belleza del mármol y de las figuras que lo rodean distingue este monumento de todos los demas. El sin duda fue dirigido por una mano inteligente, y movida de los impulsos de su corazon muy sensible. Es imposible que el escultor no regara su obra con lágrimas. El nunca creeria hacer demasiado por honrar la memoria de la triste Sofronia. Ese ropage de una candidez que deslumbra con su pureza, tan pulido, tan perfecto y tan suave al tacto; esos adornos finos y delicados,

pero sencillos y sin fausto; todo recuerda aqui, todo presenta á los ojos la belleza de Sofronia, su inocencia, su candor, la dulzura de su caracter, la bondad de su corazon. Sí, ella fue un modelo de todas las virtudes.

Pero ¡oh bella desafortunada! ¿de qué sirvieron tantos atractivos y tantas gracias? ¿De qué el brillo que despedian tus ojos? ¿De qué los castos placeres de tu juventud florida y el lustre de tu cuna? Todos estos brillantes dotes no te han podido socorrer contra las violencias de la muerte inexorable. No, la justa y universal estimacion de tus amigos, ni la ternura de tu esposo, ébrio de amor por tí, ni tus virtu-

des inculpables; nada pudo alcanzarte un dia mas de vida.

Estas lámparas que arden en el silencio, este corazon inflamado, estas palmas que florecen, esta corona que brilla, todas estas imágenes que viven sobre el mármol esplican á un ojo inteligente la vigilancia de su fe, el fervor de su piedad, su victoria del mundo, y la diadema celestial que el supremo Juez reservó para su frente triunfante.

¡Qué feliz era el esposo con quien esta virtuosa muger partia su lecho y sus destinos! sus dos almas en una perfecta union se entendian y correspondian mútuamente. ¿Qué

diversiones las suyas tan dulces y tan tiernas? Teníalos unidos el himeneo con unos lazos de flores: gustaban de todos los bienes de la union conyugal; sus penas lo mismo que sus placeres les eran comunes. No hubo alegria que esta sociedad no hiciese mas dulce y deliciosa, ni afliccion que la parte de ella que cada uno se tomaba no hiciese mas ligera. No les faltaba para lograr una dicha sino el verse renacer en sus hijos, el verlos crecer, y el elevarse en su contorno, hallar las facciones de la esposa y del esposo mezclados sobre sus inocentes semblantes, y amarse mas y mas en estas vivas imágenes suyas. « Concedednos esta

gracia (decian al cielo uniendo sus votos), y nuestros deseos serán colmados. No, no te pediremos mas, estaremos contentos con este beneficio."

¡Mas, ay, qué ciegos son los ojos de los mortales para preveer lo futuro (1)! ¡Qué mal saben discernir entre lo que es ó no ventajoso! «Dadme hijos, decia Raquel, ó yo muero." ¡Votos imprudentes! En efecto, ella murió... pero cumpliendo su deseo. Si los hijos parecen á los esposos una cadena de flores, cuya vista y perfumes regocijan su corazon y

(1) Nescia mens hominum fati, sortisque futuræ. Turno tempus erit, magno, cum optaverit emptum intactum pallanta: et cum spolia ista diemque oderit. (*Virgil.*)

sus ojos, la muerte ó la desgracia sabrán entrelazarse en esta corona, y depositar allí la amargura. Cuando nuestra alma se apasiona por un objeto, y fatiga al cielo con importunidad por conseguirlo, el cielo parece que nos responde: «No sabeis lo que pedis.» ¿Acaso tiene en sus manos la providencia inútilmente el bien porque nosotros la importunamos? Piedad suya es que nos lo reuse. Su negativa nos anuncia que este bien que tanto deseamos, sería la causa de mil lágrimas nuestras, ó el instrumento de nuestra perdicion si se nos concediera. Nosotros somos unos enfermos cuyo gusto depravado desecha el alimento que nos lle-

varia la salud, y escoge el veneno que oculta en sí la muerte. La imaginacion delirante nos promete una felicidad sin mezcla en la posesion de un objeto. Lo conseguimos, y á pesar de nuestra satisfaccion, ¿qué hallamos en él?... Una desgracia.

Aprendamos pues á moderar nuestros deseos. Jamas nos apasionemos por tal ó tal forma de dicha: reposemos seguros y sin elegir sobre la sabiduría eterna. Dejémosla escoger para nosotros los sucesos de nuestra vida: obedecer á sus leyes es ser perfectamente libres; aguardarlo todo pacíficamente de su bondad, es el modo de afianzar nuestra dicha y de ahorrarnos de mil pesares.

VIII.

¿Que significará esta piedra aislada y simple, colocada sin aparato alguno sobre la tierra? Modesta y sin adorno, parece haberla puesto aqui la mano económica de la mediocridad... Yo no distingo en ella mas que una corta inscripcion... Pero los caracteres estan borrados. Apenas se puede adivinar lo que dicen... ¡Monumento infiel! ¿por qué has dejado que perezca el nombre cuya conservacion fue confiada á su cuidado? Acaso estas letras estarán gastadas

por el continuo curso de las lágrimas de una familia desolada, que vendria frecuentemente á llorar sobre este sepulcro... Sin duda. Aq.i estan depositadas las cenizas de un padre amado, y arrebatado á sus pequeños hijos antes de que los pudiese establecer en el mundo, y de que hubiera podido afirmar sus virtudes y sus principios.

Ved ahí la desgracia mas deplorable: uno de los mas complicados males de cuantos se han ofrecido hasta aqui á mis reflexiones. La recámara en que muere un padre de familia presenta el espectáculo mas patético, el mas triste que se puede imaginar... Yo lo miro sobre su le-

cho fúnebre; veo á este padre tierno, y á este esposo fiel, á este generoso amigo, á este señor bueno luchar con la muerte y próximo ya á cederle el triunfo. La medicina agotó enteramente sus recursos, la enfermedad ha vencido: su furia va á acabar de romper los últimos hilos de una vida tan amada, y los lazos mas sensibles aun que unian su corazon á sus hijos y á su esposa.

Dos antiguos domésticos colocados á una distancia respetuosa, daban de cuando en cuando sobre su señor unas miradas que manifestaban bien la consternacion que oprimia sus almas. Sus profundos suspiros llevaban al cielo sus votos por

un señor, que los trató siempre con una dulzura que produjo en ellos aquella gustosa complacencia con que lo servian. Esta memoria hace entonces su pena mas amarga. Ella empuja de sus ojos las lágrimas que corren en arroyos por sus mejillas.

Sus amigos, que tantas veces partieron con él su alegria; sus amigos que sabian divertirlo con mil dulces conversaciones, ya no procuran consolarlo; sufrir con él, verlo con unos ojos tiernos y compasivos, orar al cielo silenciosamente, y decir de tiempo en tiempo algunas palabras consolatorias sacadas de la escritura; esto es lo único que pueden.

¿Y estos niños? estos séres inocentes que rodean su cama, y casi violentados del dolor arrojan algunos sollozos, ¿qué, esclaman, nos dejará padre? ¿y en una edad como esta sin apoyo, sin recurso, á merced de un mundo indiferente é insensible?

Pero el corazon de la esposa es en donde van á reunirse todos los dolores, y las penas que á cada uno tocan. Ella está penetrada: en ella sufren la amante, la esposa y la madre. Tantos años, tantos dias de una union tan tierna, de una sociedad tan llena de encantos, de una amistad que llegó á hacerse necesaria: ¡qué pérdida tan inesti-

mable! ¡Oh! en donde encontrará ella esta rara fidelidad, este corazon tan confiado y tan entregado al suyo tan sin reserva. ¡Dónde podrá encontrar otro amigo tan firme, un protector que vele sobre ella con el mismo interes, que vele sobre sus hijos con tanto amor!.... Vedla inclinada en el lecho en que su esposo yace en manos de la languidez: ¡qué cuidados, qué empeños toma para prolongar una vida mas preciosa en su estimacion que la propia. Y si ya no hay esperanza, ¿qué es lo que no hace por endulzar siquiera las últimas agonías de esta su amada mitad? Con una mano trémula y agitada de los torrentes que

ocupan su pensamiento, prueba á enjugar el sudor frio que yela las mejillas macilentas de su esposo: otras veces suspendiendo sus brazos sostiene en ellos su cabeza desfallecida: ya la procura acomodar dulcemente y con descanso sobre su agitado pecho; ¡con qué ternura fija en él sus silenciosas miradas! ¡Cómo lo observa en un silencio triste y con un ojo lleno de compasion. ¡Cuán pálido se pone su semblante! Sus facciones se desfiguran: mil tiernas pasiones elevan su palpitante seno, su corazon se hincha y se despedaza.

Entre tanto este buen padre que padece en todo su ser, somete su

alma y sus dolores á la voluntad del ser supremo, y su resignacion victoriosa le hace muy superior á sus males. La afliccion de sus domésticos le conmueve vivamente. Sus entrañas se destrozan á la vista de su muger, que muy pronto será una viuda inconsolable y desamparada, y sus hijos próximos ya á ser unos huérfanos tristes y sin arrimo. Estas crueles reflexiones lo consternan, lo oprimen; pero su corazon resiste con firmeza á la desesperacion. La religion lo alienta y lo sostiene. La esperanza de una felicidad á que ya se aproxima, lo refrigera y le da consuelo. En los intervalos que le conceden sus dolo-

res, él mismo consuela á los que antes procuraban consolarlo. Sufre en fin con toda la magestad que es posible conservar en el esceso de sus males.

El alma pronta ya á abandonar el barro desecho de su cuerpo, recoge el aliento que le queda y hace el último esfuerzo. Se incorpora él mismo; y sentado en la cama, estiende á sus criados su mano descarnada, que ellos bañan con sus lágrimas. Dice un adios el mas afectuoso á sus amigos; estrecha en sus debilitados brazos á su esposa anegada en llanto; abraza tambien á las queridas prendas del amor de entrambos, y apurando el último

resto de sus fuerzas y de su vida en estas pocas palabra, dice: « Yo muero, amados hijos, pero os queda un Dios que no muere. Si vosotros perdeis sobre la tierra un padre mortal, os dejo en los cielos otro que es eterno. Nada, nada sino un corazon incrédulo ó una vida delincuente puede privaros de su providencia, y frustrar las miras de su ternura..." El padre no pudo continuar: su corazon estaba lleno, hizo los mayores esfuerzos para hablar; pero su lengua se reusaba... Despues de una pausa de pocos momentos, reanimado otra vez por un impulso de ternura, halló con mucha pena un poco de voz, y esfor-

zándose, dijo: «¡O tú querida mitad de mi alma! á nuestros queridos huérfanos no les queda mas que tú; pero yo te dejo llena de embarazos y cuidados... Mas Dios cuyas promesas son fidelísimas, Dios ha dicho, no te abandonaré... Esta esperanza es la que me anima. El Señor sostendrá tambien el esfuerzo de mi amada... Y tú, padre de las misericordias, yo pongo ahora mi espíritu en tus manos: lleno de confianza en tu bondad te dejo mis hijos... Ya ellos no tienen otro padre..."

Al decir esto cayó privado en su cama, y quedó por algunos instantes inmoble y sin sentimiento. Pero

despues, á la manera que una luz se atiza mas y despide una claridad vivísima en el punto en que se va á estinguir, asi se reanimó el moribundo. Sus ojos mas abiertos que antes echaban unas vistas muy largas y dolorosas sobre los objetos que á lo lejos lo rodeaban. Quisiera hablar para concluir la sentencia que comenzó á decir; probó á hacerlo, empezó mas de una vez; pero ya sus órganos de la palabra no producian sino el sonido sordo é inarticulado de un vaso roto, y aun estos confusos sonidos casi espiraban en su boca antes de salir de ella. En defecto de su voz, todas sus facciones, sus ojos principalmente,

hablaban el lenguage mas espresivo. Alli se manifestó todo entero el corazon del padre y del esposo. Aun dió otra ojeada sobre sus amados hijos, que jamas vió sin una viva emocion de alegria. Volvió los ojos inmediatamente sobre su querida esposa, á quien nunca contempló sin que su corazon no se abrasase. Fijó sobre ella sus moribundas pupilas, y se le vió lanzar el espíritu en la última llama de su amor. Brilló un momento como un rayo celestial, estinguióse y desapareció.

Entonces resonó el grito agudo de la pena, reprimida largo tiempo por los diques del silencio en el fondo de los corazones. Todos se deshacen

en lágrimas. No hay que hablarles de consuelo; esperad á que á fuerza de desahogarse se agote este fondo de tristeza. Esperad á que el tiempo haya calmado su primera violencia, y á que la religion derrame su sagrado bálsamo sobre una llaga tan profunda. Entonces esta familia desolada podrá en duelo mas tranquilo tomar los libros santos, buscar en ellos la sentencia consolatoria que el religioso labio de su respetable padre no pudo acabar de decir. La hallará en el profeta Jeremias. = Alli leerán: « Déjame tus hijos, ya no tienen otro padre, yo me encargaré del cuidado de sus dias, y que tu viuda coloque en mí su

confianza." Esta promesa los asegura, y llevará alguna alegria á sus corazones. Los hijos y la madre recogen la sentencia como un tesoro, y la graban en su memoria. Esta es para ellos una segura herencia, un fondo de bienes incalculable. Con esta prenda se hallarán ricos: serán felices sin que los espante lo por venir, que ellos lo libran á Dios, sobre el que reposarán tranquilos.

IX.

Apenás levanté mis ojos de sobre este sepulcro que ocupaba mis pensamientos, que me hacia discurrir en él que un dia me ocultará á mí, cuando se me agolpan á la vista un segundo sepulcro, otro tercero y una multitud de ellos. Mis ojos sin eleccion se fijaron en el mas notable de todos. El fausto de este monumento, que dominaba orgullosamente á estos fúnebres mármoles, me anunció el despojo de un mortal que representó en el mundo un

papel muy brillante. Acerquéme á él, y pregunté á la piedra sobre el depósito que ocultaba. Ella me nombró al propietario de una gran fortuna, que él mismo aun la habia hecho mayor á fuerza de cuidados y de industria. Noticióme igualmente que su fin lo habia sorprendido en el ardor de sus proyectos, y un poco mas allá de la media carrera de su vida.

He aqui sin duda, me dijo mi pensamiento melancólico, á uno de estos esclavos infatigables del oro, que se levantan antes del dia, que velan en lo mas profundo de la noche, y que viven roidos de los cuidados que se toman por acopiar diez

mil veces mas oro que el que ellos pueden gastar en su vida... Su cabeza se fatigaba en proyectos para ilustrar su familia, por encadenar heredades á heredades, palacios á palacios, y por hacer sus posesiones tan vastas como sus deseos. Despues que pudiese realizar estos proyectos, se proponia aquietarse al fin para gozar... (1) ¡Qué demencia! Dios, que lo estaba observando desde lo mas encumbrado de los cielos, se reia de su locura... La muerte rompió y limpió como una escoba

(1) Hac mente laborem
Sese ferre senes, ut in otia tuta recedant
Aiunt, cum sibi sint congesta cibaria.
(*Horat.*)

las telas frágiles que tegia á costa de indecibles afanes este insecto efímero; sus planes y sus proyectos se arruinaron, y fueron á hundirse con él en el sepulcro.

¡O vosotros los que fuisteis testigos de sus postreros instantes, y que oisteis las últimas palabras de su moribunda boca, hablad: ¿no esclamaba el infeliz con los acentos de la desesperacion?... «¡O muerte, qué terrible es tu presencia para el hombre que atormentó su vida con las vanas inquietudes de este mundo, y que jamas levantó sus ojos hácia el cielo! ¡O si mis dias!..." Iba á hacer inútiles votos, ó algunas resoluciones tan vanas... Sobrevino

una violenta crisis que heló su lengua, royó sus nervios, y destruyó la máquina en menos de media hora.

¡Qué leccion para estos ricos insaciables! para estos insensatos, que recargan de un despreciable barro el barco que conduce su eternidad, y que embarazan sus brazos con unos pesos tan superfluos, cuando solo importa luchar con las olas y escapar del naufragio. Nosotros mas sabios que estos, contentémonos con lo poco que nos queda para vivir: usemos con moderacion de los bienes de la tierra; pero sin perder de vista nuestro único negocio de juntar tesoros para el cielo. Si nuestra alma no puede elevarse al menos

precio del oro, conservemos siquiera una indiferencia saludable respecto de este metal perecedero. ¡Infeliz del corazon que se apega á él! ¡Qué dolor tan penetrante deberá sufrir cuando el violento golpe de la muerte lo sapare de su oro! No acumulemos mil amarguras y pesares sobre nuestros últimos instantes. No sembremos de agudas espinas el lecho sobre que un dia nos será indispensable el morir (1).

(1) No te apoyes en la tierra: sus bienes son mas débiles que la caña, sus placeres por lo comun, estan armados de una punta que hiere el corazon y que mata en él la esperanza.

(Tres versos de la noche IV de Young.)

X.

Ved aqui algunos que alargaron la carrera de sus dias hasta los catorce lustros. Aun hay aqui varios que se vieron morir á los ochenta años. Yo espero que estos ancianos se acordarian desde su juventud del Dios que los crió. No aguardarian á la edad en que las fuerzas se debilitan, en que el corazon se agota, y en que todo se estingue, hasta el deseo, y no queda sensacion alguna para el placer, voluntad para el bien, ni fuerzas para la virtud.

¡Qué terrible es la sorpresa que da al hombre este invierno helado de la vida! Cuando el hábito de los vicios ha echado unas raices muy profundas, se unen estas á cada fibra del corazon y hacen un mismo cuerpo con él; muy tarde es entonces para comenzar á sembrar, porque esta es ya la sazon de cosechar. Nada es mas cierto; tampoco hay imposibles para Dios; pero si en este tiempo se combate por la primera vez, el triunfo en tal caso es muy contingente. ¡O vosotros cuyos años aun estan en flor y cuya vida conserva todo su fuego, no os atengais á estos milagros, aprovechad estas horas fecundas, esta edad

de oro que os puede merecer una juventud inmortal. Hace ya algunos dias que yo observaba un pájaro. El rapaz incauto se divertia sin temor alguno en arreglar sus plumas, y revoloteaba loqueando de rama en rama. Un cazador lo veia: tomó su mortífero tubo, apuntóle y le acertó el tiro de la muerte, que salió y tocó al pájaro en lo alto de los aires. El infeliz baja, y cae sin vida y sin movimiento. Mortales, temblad en medio de vuestras frívolas diversiones.

Mas sin duda hay aqui algunos viejos que vendrian á este último retiro llenos de virtudes y de dias, y que cayeron bajo la hoz de la

muerte, como la madura espiga del estío cae cargada de los frutos bajo la del segador: sus cuerpos fatigados de una larga y penosa carrera, descansan hoy en estas pacíficas mansiones. Aqui es donde han depuesto el peso de la vida, y esperan sin inquietud el salario de su tarea. No hay aqui peligros, no hay sustos que temer, no tienen dolores que sufrir, ni lágrimas que derramar. La paz circunda su tranquilo lecho, y la seguridad vela sobre su sueño... Dormid, dormid en paz cenizas dichosas, preciosos restos de los virtuosos mortales: gustad en la favorable noche de este asilo las dulzuras de un reposo profundo, hasta

que la voz del Eterno, rompiendo el prolongado silencio de estas bóvedas, os despierte y os grite: «Levantaos, brillad con los rayos de mi gloria: llegó ya vuestro dia: ya resplandece la eternidad.»

¡Qué quieta, que calmada fue la noche de su vida! ¡Con qué aire tan risueño y tan tranquilo cerraron sus ojos á la luz! Dios entonces se levantó para asistir á su último instante. Hizo que brillara la luz de la esperanza en sus almas, y desterró de sus ojos los terrores y fantasmas del sepulcro. Sostuvo con su omnipotente mano sus cabezas agonizantes. Una voz celestial murmuró en sus conciencias palabras de paz y de

consuelo. Socorridos asi de Dios en este postrer combate dejaron el campo de batalla, no como unos cautivos tristes, sino como aquellos conquistadores que marchan triunfantes á la inmortalidad.

Ahora todo está consumado. Se acabaron ya las crisis de la naturaleza. El cuerpo bajó al sepulcro para descansar en él, y el alma se elevó y subió á una nueva habitacion. ¿Cuál seria su sorpresa al encontrarse rodeada de ángeles, en vez de los llorosos amigos que acaba de dejar? Fue arrebatada á unos mundos desconocidos sobre las huellas luminosas de las celestiales guias que la condujeron. Dejó ya, perdió

de vista este valle de lágrimas. A Dios para siempre tierra ingrata, habitacion del infortunio, madriguera de los seres mas perversos y maléficos. El alma finalmente llegó á la ciudad eterna en que reside el Criador: celebróse su arribo á ella con dulcísimos cánticos que repetian: "Abríos puertas eternales, dad paso á los herederos de la gloria (1)."

(1) Nota del traductor frances. — Aqui he suprimido muchos pasages en que el autor se empeña en justificar con piadosos razonamientos la costumbre de acumular cadáveres en medio de las iglesias, y en el centro de las ciudades. Todas estas razones del ministro ingles no hubieran podido convencer á nuestro parlamento, cuando decretó sábiamente, hace ya algu-

XI.

¿Y qué monumento es aquel que al levantar los ojos he visto en lo alto de esta pared? Espadas, lanzas, máquinas homicidas, y otros instrumentos de muerte ostentan sobre este mármol un aparato formidable... Sin duda es el sepulcro de algun famoso general. Esta pompa terrible es el tributo de honor con que se

nos años, que se aboliese tal costumbre: y ningun hombre sensato se agradará de la perspectiva que ofrece el infestar despues de muerto el aire que respiran los que le sobreviven.

quiso perpetuar la memoria de este bravo campeon, en premio del sacrificio que hizo de su vida al bien del público (1).

¡Qué de pequeñeces y de debilidades hay en estas fastuosas decoraciones, de que se recarga el sepulcro de los muertos para sorprender el voto de la fama, y unir un poco de gloria á unas cenizas insensibles! ¡Qué débilmente representan, y qué mal remplazan estas figuras,

(1) Nota del traductor frances. = Aqui habia un largo paralelo entre el soldado y el jurisconsulto. Este último llevaba la ventaja. He suprimido este pasage, por ser no menos estraño que sin belleza alguna.

que el cincel hace resaltar en el mármol una cadena de acciones memorables! En el corazon de sus conciudadanos es donde conviene leer el mérito brillante de este mártir de la patria (1). ¿Qué le importa á su memoria el espediente de estos vanos simulacros? Sin ellos sabrá muy bien la nacion acordarse de él. La especie humana misma debe ser el monumento vivo de la gloria de los hombres ilustres que ella produjo. Ved el monumento que yo deseo para mí. Solo apetezco que despues de mi muerte quede mi nombre

(1) Este es el valiente B. Granville que murió en las guerras civiles peleando contra los rebeldes.

grabado en los corazones de mis compatriotas. Deseo que mis amigos que me sobrevivieren puedan atestiguar que yo no viví para mí solo, y que no fui del todo inútil á mi generacion. Deseo que el pobre al pasar por mi sepulcro, lo señale con el dedo, y diga: «Aqui reposa aquel hombre cuya bondad inagotable no vió con indiferencia mis desgracias, ni se desdeñó de venir á mi choza, en la que me visitó lleno de ternura cuando estuve enfermo y abandonado á una cama... Si yo vivo hoy, y si la vida tiene para mí alguna dulzura, á él es y á sus beneficios á quien lo debo. Nunca lo olvidaré. ¡Ah, pueda yo volverlo

á ver en aquella feliz habitacion, de que él me habló tantas veces para consolarme (1)!"

¿Y qué duran todos estos monumentos de tierra y de barro? El curso de los años los ha gastado ya: estos caracteres que abre en el már- una pluma de hierro, se deshacen brevemente: la columna se rompe, el arco triunfal se desarma, aun la misma estátua de bronce perece bajo el diente del tiempo (2).

(1) Consta de la vida de Hervey que se cumplió este deseo.

(2) Esta verdad la esplicó admirablemente Mr. Fontaine en los siguientes versos.

Pereció al fin este grande, cuyo débil

XII.

Allá en el fondo de este templo veo una salida, sin duda que da paso á la bóveda de un sepulcro subterráneo. Entremos á él, y veamos esta mansion triste y á sus ha-

orgullo vejetó 60 años pesada é inútilmente. En vano se invocaron las bellas artes para librar su sombra de la voracidad del sepulcro: en vano se las arma del cincel; su sombra errante volvió á aparecer á merced de la mano que la guia, y la puso sobre el sepulcro apoyada y estúpida. El tiempo ataca aun á los mismos nombres que el orgullo acumula y presenta juntos al contorno de un vano féretro.

Poema de la rapidez de la vida.

bitantes... La puerta se resiste. Apenas cede sobre sus goznes rechinadores... ¡Con qué repugnancia me recibe! No está acostumbrada á dar paso á los vivos... ¿Pero de qué procede este repentino temblor que me ha entrado, y que se aumenta al paso que me aproximo á esta pálida asamblea de los muertos?.. Calmaos, espíritus mios: nada hay que temer en estos pacíficos retiros... aqui aun los malos dejan de ser malos.

¡Dios mio! ¡Qué espectáculo de horror¡ ¡Qué oscuridad tan espantosa! Aqui la noche es eterna. Aun en la mitad de la vida reina una profunda noche. ¡Qué espantosa, qué negra soledad! No hay voz al-

guna, no hay imaginacion de vida ó de sociedad que consuele. El dolor y el espanto han establecido en este lugar solitario su sombrío imperio... ¿Qué oigo?... Es el ruido lúgubre de estas bóvedas que retumban bajo de mis pasos. Son los ecos de estos muros largo tiempo adormidos que despiertan por mí, y que arrojan un largo gemido.

Uno ó dos rayos de luz despues de mil vueltas llegan oscurecidos á estas sombrías profundidades, y hieren las láminas de los ataudes. La claridad débil que refleja va á perderse en la espesura de las tinieblas. Esta multitud de féretros medio cubiertos por la negra sombra,

y medio blanquizcos á merced de un pálido crepúsculo, aumenta el horror de este recinto taciturno.

Me aproximo, é inclinado fijo mi vista en las inscripciones. Por fin consigo leer lo bastante, para conocer que estoy rodeado de ricos, y de grandes que ya fenecieron. En este retiro privilegiado no se admite muerto alguno vulgar: los nobles, los ilustres de la tierra, son los únicos que lo habitan. Se puede decir en realidad que aun ocupa este melancólico recinto cierta fantasma de grandeza. Aqui estan los cadáveres colocados por orden con una silenciosa pompa bajo los arcos de este vasto panteon, mientras que una

fosa comun, traga y confunde la multitud del pueblo, y á sus cuerpos desdeñados aun aqui del poder y de la fortuna.

Mi imaginacion pudo finalmente recobrarse del horror, y quedé en calma. Yo estaba persuadido á que no podia haber en este lugar otros fantasmas que los que produce el miedo; pero aun duraba mi sorpresa. ¿Cómo podia yo dejar de admirar las novedades de este mundo subterráneo?

¡Qué, estos hombres que hacian un largo viage sin salir de sus estados y posesiones, se ven hoy reducidos á estrecharse en el corto recinto de un ataud, y bajo de algu-

nas hojas de plomo! ¿Qué les resta en este lugar de aquellos muebles suntuosos que adornaban sus soberbios palacios? Una sábana funeral, un rincon estrecho de esta gruta tenebrosa. ¿Dónde estan ahora aquellas insignias brillantes de su dignidad, que resplandecian sobre sus pechos, ó que adornaban sus altivas frentes? Ya no veo aqui aquella pomposa comitiva que los rodeaba, ni aquella multitud de cortesanos que se agolpaban alrededor de ellos: todos los abandonaron al entrar á esta habitacion solitaria: unos trofeos deshechos, algunos escudos destrozados, una estátua apolillada, que la mano del escultor

puso en una aptitud llorosa y afligida; esto es lo único que los siguió á este subterráneo, ínterin el mundo, insensible á su ausencia, rie y loquea segun su costumbre.

Mortal ufano de tu nacimiento, y que te envaneces de contar desde muchos siglos una larga sucesion de abuelos en tu genealogía, aqui es menester que renuncies tus altaneras pretensiones. Es preciso que confieses ahora que el vil gusano es tu igual. Pero si aun quiere tu orgullo sorprenderme, si tu monumento se atreve á decirme: aqui yace el grande; yo le responderé: mármol impostor, ¿dónde está ese grande? yo no veo aqui mas que un vil polvo.

¡O verdad humillante, y capaz de disgustarnos de esta vida pasagera, de sus aparentes bienes, y de sus grandezas fugitivas! ¿Qué es ahora el mundo, cuál su valor para todos esos hombres que estan aquí puestos en hileras insensibles y sin vida? ¿Qué eran en la realidad sus placeres? Una ampolla de aire, que se revienta y desaparece con el soplo mas ligero: ¿y sus grandezas? Una sombra vana, una ilusion: ¿y sus honores? un sueño olvidado ya. Todos estos objetos tan brillantes á los ojos de la ambicion, si se pesan en la balanza de la muerte, no presentan mas vista que la de un humo sin consistencia y sin realidad.

¡O alma mia! detente un momento: junta en tu imaginacion todos estos prestigios, todos estos fantasmas engañosos de la vida que tientan tus deseos, y que seducen los sentidos. Examina, valúa en este lugar su justo precio. Supon que fuese yo uno de estos grandes que aqui reposan: que la fortuna me hubiese dado sus dones á manos llenas; el deleite sus alegrias, y la riqueza su oro: cuando esta voz de metal me hubiese obligado á reducirme á este último retiro, respóndeme: ¿que habrias traido á él de todos estos bienes tan ponderados?... ¡Cielo! ¿Esta es la fortuna que causa tanta envidia, y escita tantas pasiones?

Yo os doy las gracias, restos miserables de los pomposos nombres y de los títulos magníficos, vosotros me habeis demostrado mejor que todos mis libros la nada de este mundo. Este paño fúnebre que envuelve á este grande de la tierra, esta urna estrecha que le circunscribe, ved qué pruebas tan incontestables de la nada que son las humanas grandezas.

Nunca vi esta verdad mas claramente que sobre el polvo de este lord, de este ministro (1). Vayan otros á tributar un servil homenage

(1) Mors sola fatetur...
Quantula sint hominum corpuscula.
(*Juven*).

á su heredero: vayan á lisonjearlo con bajeza para obtener sus gracias y sus preferencias; que yo no vendré mas que al sepulcro de su padre á hacer la corte: aprenderé en estas cenizas á no esperar en ellos, y á desengañarme de todas las ilusiones de un mundo perecedero.

¿Qué escucho? ¿Qué rumor ha llegado á mis oidos? En este profundo silencio el menor ruido causa horror... Vuelve el murmullo á mover el aire tranquilo de estas bóvedas... ¡Ah, si! Es el relox; es el toque de las horas: ellas gritan al oido de mi razon: mortal, redime el tiempo que has perdido, aprovéchate del instante en que respiras:

mira que ya tocas los bordes de la eternidad: muy en breve serás lo que estos que aqui has contemplado.

Mas de una ocasion he pasado por debajo de los peñascos pendientes de un monte, cuya elevada cumbre parecia iba á desgajarse sobre mi cabeza. He atravesado soledades espantosas, he bajado algunos subterráneos tenebrosos, debajo de profundas cavernas; pero nunca vi la naturaleza tan sombría, ni bajo un aspecto tan minaz como el que ofrece en estas bóvedas sepulcrales. Jamas he sentido mi corazon sobrecogido de un miedo tan helado. La negra melancolía vuela en la noche de este recinto, y cubre con

sus fúnebres alas estos sepulcros.... Salgamos de esta horrorosa oscuridad, que exhala unos vapores tan mortíferos. Adios residencia de la desolacion, sombras habitadoras de la muerte... Jamas tuve mayor alegria al volver á mirar la luz.

XIII.

Una estraña curiosidad me llevó á estos lugares en la mañana del dia siguiente. Familiarizado ya con los muertos, quise ver desde mas cerca lo que son ahora estos seres destruidos, que antes fueron hombres... ¡O si pudieramos apartar la piedra

que cubre estos sepulcros! Si fijásemos nuestra vista en el fondo de los féretros, ¡de qué asombro, de qué dolor no seriamos tocados al ver la espantosa metamorfósis que la muerte nos hace padecer, la afrenta que recibe aqui la naturaleza, y en lo que al fin viene á parar el hombre que una vez fue sepultado en estas mansiones subterráneas!

Aqui aquel rostro lleno de gracia y de magestad, aquel semblante que es el espejo en que el alma se recrea, ya no es otra cosa que un cráneo feo y desn... Aquella boca rubia y llena de los encantos de una sonrisa hechicera, no presenta mas que un aspecto horrible y deforme.

Y este ojo, que como un diamante vibraba rayos de luz, y que introducia la llama hasta lo mas íntimo de los corazones, ¿qué se hizo? ¿donde podrá encontrarse el azul de su brillante globo? Y este órgano de la armonía, que arrebataba el oido con sus tonos melodiosos, derramaba la dulce persuasion en los espíritus, y las pasiones mas vivas en el corazon, ahora está mudo y taciturno como la noche que lo rodea. Este bello cuerpo vestido en esta ocasion blandamente de púrpura y de seda, vedlo ahí tirado, descuidada y duramente entre los lechos de una arena angulosa. Esta muger tan sensible, que no se atrevia á

cuánto horror derrama la muerte sobre estos objetos, que encantaban en otro tiempo nuestros ojos, y cautivaban nuestro corazon!

¡O tú, tierno amante de Florela! si volvieses á ver aqui la hermosura que habia inebriado tu alma, esclamarias retrocediendo á impulso del asombro y del horror. « ¿Esta es acaso la que amé yo tan perdidamente? ¡Cuántas veces dije en mis amorosos transportes que esta muger era una diosa! Sí, yo creia ser una divinidad, y ver en ella algo mas que una mortal: admiraba yo las proporciones de su estructura elegante, y las ligeras gracias de todos sus movimientos. Cuando ha-

blaba, el tono de su voz era para mi oido una música armoniosa; pero cuando se dignaba animar mi amor con una sola palabra, ¡qué rapto tan celestial se apoderaba de mí! Sus acentos llevaban al fondo de mi alma una emocion y un temblor dulce... ¿Cómo es posible que este objeto deforme y espantoso sea el mismo que yo adoraba pocas semanas hace? ¡Qué mudanza tan horrible en tan breve tiempo (1)! ¡Qué tiene ahora de aquellos encantos

(1) Quo fugit Venus?... Heu! Quove color? decens . . . . .
Quo motus? quid habet illius, illius
Quæ spirat amores,
Quæ me surpuerat mihi!

que me habian robado á mí mis-
mo? ¡Insensato! Ya no encuentro
aqui sino polvo y ceniza. Reposa
infeliz Florela, reposa en el fondo
de esas sombras. Cúbrate la noche
con sus tinieblas, ocúltete á los ojos
de cualquiera que no te haya ama-
do tanto como yo. Ningun otro
mortal sino tu amante sea testigo de
tu desgracia... Pero yo no olvidaré
en mucho tiempo la triste mudanza
que en tí veo: nunca mas iré á tri-
butar mis homenages á hermosuras
perecederas: nunca me prometeré la
dicha de un barro bien configurado,
aunque sea la obra mas acabada
que haya salido de las manos de la
naturaleza. La hermosura es un don

celestial, debe recibirse con reconocimiento, merece que se la ame; pero que nunca se la adore. El barro no puede hacer veces de dios ó de diosa, dignos de nuestros cultos é inciensos. Adios, querida Florela, tú misma has desencantado mis ojos. Yo preferiré siempre una alma virtuosa y dulce á los fugitivos matices de un tejido débil de carne.

»¡ Oh, si pensarán en tí y en tu actual estado tus hermanas, cuando ellas ven con una sonrisa de complacencia su imagen rodeada de las gracias y reproducida á sus ojos en un espejo lisonjero, cuya vista y atractivos las hace sonrosar! Deslícese entonces en su alma tu salu-

dable idea, acuérdeseles cuanta fue tu belleza, y que velo de horror cubre hoy todos sus hechizos. Dirija esta reflexion el arreglo de sus encantos, haciéndolas mas solícitas para hermosear su alma con los adornos de la virtud, y esta vestidura de carne que las circunda, y que ha usurpado todos los cuidados á que solamente es acreedor el espíritu."

XIV.

Cuando pude apoderarme de mi imaginacion, que vagueaba sobre estos sepulcros, y cuando hube recogido

mis pensamientos en un instante de suspension, yo no pude reprimir mis suspiros á presencia de esta escena trágica de duelo, de tantos y tan lúgubres objetos, y de todos estos trofeos lamentables de la muerte. Mis lágrimas corrian hilo á hilo sobre estas ruinas tristes del mas noble de los seres. ¡Oh Adan! exclamé desde el fondo de mi alma, ¡oh Adan, qué es lo que has hecho! ¡Qué desolacion tan fatal derramó tu desobediencia sobre la tierra! ¡Oh malignidad desastrada de la culpa, malignidad incomprensible! Esta es la que causó tan espantosa desolacion en la especie mas perfecta de cuantas visibles han salido de

las manos del Criador. Ella derramó en nuestros cuerpos el veneno que los mata, y ella iba á sumergir el alma en los abismos, si el Hijo del Eterno no se hubiese puesto entre Dios y su víctima.

Como mi alma siempre quedaba fija en unos objetos tan fúnebres, y yo perdido en mis reflexiones, me ocurrió una idea terrible que me sacó de mi éxtasis. ¿Y yo tambien, me decia lleno de espanto, será preciso que muera? ¿Sufriré no menos una mudanza tan espantosa? ¿Al fin no podré evitar el convertirme en un insensible cadáver, y ser cuando me toque mi vez, lo mismo de que me estoy aqui compadecien-

do (1)? Sí; llegará un tiempo (y este tiempo no ha de tardar) en que este cuerpo, que siento ahora lleno de vida, será encerrado en un ataud, y conducido bajo esta tierra, seguido á lo mas de algun amigo mio, que derramando algunas lágrimas, exclamará una ó dos veces: ¡ Ay hermano mio!... Sí; llegará este

(1) Nunca paso cerca de estos lugares donde la muerte acina los restos de la humana especie, sin que se apodere de mí la mas negra melancolía. Triste y pensativo, hollando con mis pies tantos venerables muertos. En un tiempo (digo á mi corazon) vivian estos como yo ahora. Otro vendrá en que ya yo habré muerto como ellos lo estan hoy.

(*Seis versos de Parnell.*)

tiempo que no está muy lejos. No hay cosa mas segura: Hervey, esta será tu suerte.

Si en este instante saliese de su sepulcro uno de estos horrorosos fantasmas haciendo un gran ruido: si se me parase delante en toda su espantosa deformidad. Si estendiese este esqueleto su minaz mano hácia á mí, y turbando repentinamente el silencio profundo de este templo, me dijese con una voz ronca y sepulcral: «Tambien á tí te entregará Dios en manos de la muerte. Dentro de pocos dias estarás conmigo en esta fosa." ¡Qué impresion tan profunda dejaria en mi alma esta advertencia! ¿pero por qué es-

soy ahora tan tranquilo? ¿por qué no siento una conmocion igual, siendo asi que la voz de Dios me anuncia la misma suerte, diciéndome, *morirás*?

¡Ah! pues que ya el decreto está dado; pues que yo soy un condenado ya, y que ignoro la fatal hora, aprovechemos los instantes que me restan para prepararme á una vida inmortal y mas dichosa que la presente. Merezca yo cuando me sea preciso cerrar mis ojos á todos los objetos del universo, volverlos á abrir un dia sobre otro mundo mas brillante. Y siéndome necesario ceder cuanto antes á las tinieblas, á la inercia, á la corrupcion este cuerpo inani-

mado, esta obra de barro, no menos frágil que maravillosa, quiero consagrar sus miembros con actos de virtudes. Siempre estenderé mi mano para dar antes que para recibir. Estas se abrirán prontas para aliviar á los infelices. Mi boca no pronunciará sino palabras de dulzura y de caridad. Mis oidos vivirán cerrados á los discursos del impío, á los acentos maléficos de la mordacidad; ni se abrirán sino á la verdad y á la razon. Mis pies me conducirán ligeros al templo del altísimo, al lecho quejumbroso de los enfermos y á la triste habitacion del pobre.

Y vosotros, los que embalsamais

los cuerpos, ahorrad por mí estos cuidados y perfumes, porque yo no quiero otros sino el buen olor de las acciones virtuosas. Envuelto en las mias, yo me arrojaré dulcemente sobre el lecho de los muertos. Reposaré alli en paz con la esperanza de que un dia sacará Dios del polvo mis descarnados huesos y los volverá á animar de una inmortal vida.

XV.

Mi pensamiento me transportó desde estas habitaciones en que duermen mis semejantes, al sepulcro

memorable del Dios á quien inmoló su amor para salvarnos. ¡Oh muerte! ¡Qué victoria! ¡Qué triunfo! Jamas habia entrado un cautivo igual á las sombrías prisiones de tu imperio.

¿Pero cuál fue tu asombro cuando este nuevo Sanson despertó de su breve sueño, se levantó, rompió para siempre tus puertas impenetrables, y se remontó de nuevo hácia la luz? Mortales, ¡qué victoria! La noche del sepulcro quedó ilustrada. Bajó un Dios á ella, sondeó su profundidad, y os abrió á sus espensas el paso para la inmortalidad.

Almas tímidas, á las que espanta

el sonido de la campana fúnebre, que os poneis pálidos viendo una sepultura abierta, y que no podeis fijar vuestros ojos en un féretro sin aterraros, tranquilizaos ya, no tembleis como unos esclavos á presencia del tirano que los destruye, no os espanteis con su minaz guadaña. Ya está vencido este enemigo nuestro, y vosotros libres de sus cadenas. Sentireis aun, es verdad, el golpe de sus dardos en la parte que sois mortales; pero esta llaga se curará, y sacudireis un dia el dardo sin dolor. Entrad valerosamente en el sepulcro. Ya este tiene abierta una senda que guia á la vida....

XVI.

La resurreccion... ¡Oh cuánto me consuela esta palabra! mi alma respira con ella, y siento aliviárseme una duda inquieta que me oprimia: ¿por qué todos estos cuerpos, decia yo, con qué destino estan aqui en una situacion tan abatida? ¿Los ha conquistado la muerte para siempre? Qué, ¿los olvidó ya el Criador que los hizo?... No, me responde una voz celestial; los justos son prisioneros de la esperanza.

En lo por venir se oculta una hora que solo Dios conoce, en la que

todos serán libres. Entonces bajará de los cielos el Señor, en medio de las aclamaciones de los arcángeles... La destruccion conocerá su voz, y el sepulcro obediente le restituirá sus muertos.

En un momento, en una ojeada, sacudirán todos el sueño en que estuvieron tantos siglos: elevaránse todos por los aires en la presencia de Dios.

Vendrá este Señor rodeado de todo su poder y de su gloria; pero ellos nada tendrán que temer de todo este formidable aparato de magestad. Estas señales terribles, estos ministros de su venganza, que derraman sobre el universo el asombro y la desolacion, asegurarán mas á

los justos y darán mayor valor á su esperanza. El juez soberano pronunciará sus nombres, y los conocerá por suyos á presencia de todos los habitadores de los cielos y del mundo de todos los siglos.

Escuchemos... Los rayos reposan quietos... Los truenos no resuenan. Los ejércitos celestiales estan en silencio. Toda progenie de Adan, agitada de muy contrarios sentimientos, queda en espectativa... Habla entonces el supremo juez, y dice á los justos: «Yo os acepto. Vosotros sois mi pueblo. Vosotros me habeis sido fieles hasta morir, acercaos, hijos de la luz, recibid una corona, que no se marchitará eter-

namente: venid á gozar de una felicidad sin límites."

Desde entonces ya no habrá para ellos penas ni temores: la muerte no ha de entrar en los cielos: su fatal dardo, que desde Adan habia bebido tanta sangre de las naciones y de los mismos reyes, quedará roto á un lado de su inútil guadaña. Nada queda en el ser purificado ya por el sepulcro, de frágil ó de mortal. La inmensidad de lo eterno que se le presenta á la vista, es una felicidad sin término.

XVII.

¡Oh eternidad, eternidad! ¡de qué

peso no recarga tu idea mi imaginacion! El pensamiento se pierde y se confunde en este abismo. ¿Quién puede medir tu estension sin límites, sondear tu profundidad sin fondo? El matemático tiene números para calcular las progresiones del tiempo: el astrónomo tiene instrumentos para medir las distancias de los astros. ¿pero qué números, qué instrumentos podrán medir las dimensiones de la eternidad, mas alta que el cielo, y mas profunda que el abismo? ¡O duracion mistoriosa, existencia inagotable, que siempre está entera, y nunca se gasta por muy largas revoluciones que hayan sucedido!... Las escenas de la eter-

nidad no varian: alli no se mueve la rueda de las vicisitudes; todo es fijo é inmutable mas allá del sepulcro. O sea que estemos sentados sobre el trono, ó tendidos sobre la rueda de los tormentos; uno ú otro será para siempre. La mano del Todopoderoso imprime al estado del hombre el sello eterno de su clemencia ó el de su justicia. La ruina de los malos es irreparable. El fatal decreto una vez dado, nunca se revoca: no hay esperanza de mudar de habitacion. Todo es espantoso al rededor del impío, todo es permanente, todo presentará siempre á su vista el mismo aspecto y el mismo horror.

Los malos... ¡Terrible imágen... Mi alma tiembla y retrocede espantada... Yo quiero huir esta memoria horrorosa!... ¿pero no vale mas ver un instante en esta vida la idea de esta inesplicable desgracia de los malos, que padecerla eternamente?

Los impíos estan aprisionados en los sepulcros como en un profundo calabozo, donde aguardan su juicio y su castigo. ¡Qué cruel, qué espantosa fue la separacion de la vida! Cuando una nube de horror, présaga de una noche eterna, rodeó sus moribundas pupilas, próximas ya á cerrarse: cuando la enfermedad dió los últimos golpes sobre sus arruinados cuerpos: cuando vieron

que se acercaba el último instante de una mudanza inevitable, y que la muerte ajustaba en su arco el dardo fatal, y lo sintieron hincado y blandiéndose en su corazon; ¡Dios eterno! ¡qué terror tan desconocido se apoderó de sus almas! ¡qué frio en todos sus sentidos, qué espanto en sus miradas cuando desde la ribera en que termina la vida, distinguieron lo terrible del abismo que los iba á devorar!

¡Oh qué perspectiva tan horrorosa los rodea en este momento! ¡qué desesperacion les inspira! Tras de sí ven una larga cadena de delitos sin arrepentimiento, una dilatada sucesion de dias, de esperanzas, de

gracias que ya pasaron, y que no volverán mas: delante se les presenta un tribunal terrible, un juez inexorable. En tal conflicto buscan por su contorno á sus amigos; pero sus amigos no son mas que unos cómplices de sus delitos, á quienes amenaza igual suerte que á ellos, ó unos justos, que ya no volverán á ver sino á una inmensa distancia, y en la orilla opuesta de un abismo insuperable.

En fin ellos comienzan, ellos prueban á rogar... ¿pero á quién han de rogar? ¿Al Dios que ya se apresura á juzgarlos?.. Vense forzados á dirigirse á él: sus labios trémulos dicen algunas palabras mal articu-

ladas... ¡Ay! mi corazon desea que sean oidos; ¿pero quién puede decir si su magestad ultrajada tanto tiempo por ellos, prestará unos oidos propicios á sus tardías súplicas? Puede que el señor se ria entonces de su calamidad y de sus llantos. Puede que se burle de sus temores.

De esta suerte exhalan entre vanos gemidos los restos de su vida abominable. En medio de las terribles convulsiones que los agitan, corre por todos sus miembros un sudor frio, y mil interiores ansias destrozan sus conciencias.

¡Oh, con qué espanto se levanta su alma al contorno de su terrena habitacion! Corre todas sus salidas, y

pide socorro á cuanto la rodea ; ¿ pero qué ser hay que pueda socorrerla ? hecha unas ojeadas las mas dolorosas sobre todo lo que deja , sobre lo que se le huye. ¿ Qué no habrá un solo momento antes de pasar á la eternidad , un solo instante en que espiar sus delitos? ¡ Terrible espectáculo ! Sus ojos derraman lágrimas de sangre : cada suspiro que arroja lleva el tono y el acento del horror... El enemigo la persigue constantemente en todos los tortuosos caminos de su vida ; y como un asesino, que multiplica las puñaladas sobre su víctima si la ve morir con lentitud , asi el demonio empuja al alma, y la impele hasta el

borde espantoso del abismo... Al fin es precipitada sin remedio.

Disolucion feliz, si ella fuese el término de sus tormentos; pero ¡oh! que sus tormentos no hacen entonces sino comenzar: esto no es mas que una sola gota que cae del amargo cáliz, que ha de apurar sin remedio alguno. Luego que fue arrancada el alma de su habitacion, la arrastraron ante el Soberano Juez... ¿Y quién es capaz de pintar su confusion y su despecho al reconocerse culpable y sin escusa á presencia de su irritado Criador? Dala este Señor una mirada terrible, y hace conducir á sus eternos calabozos á esta infeliz inmortal

por el eterno dia de su justicia.

¡Oh qué angustias, qué perplejidad tan espantosa deberá apoderarse de estas rebeldes impenitentes, cuando se vean precisadas á comparecer en el tribunal de un Dios vengador! ¿Qué harán en este fatal dia tan decisivo? No hay esperanzas, no hay amigos... El cielo y la tierra los han abandonado... La huida es imposible: escusa no la tienen: el ruego es inútil.

Abrese el libro fatal, y los secretos mas ocultos del corazon se descubren: las acciones mas escondidas en las tinieblas, aparecen á la pública luz. Destrozóse la máscara con que impío se cubria. Dios

que lo siguió en todos los pasos de su vida, presenta á sus ojos el espantoso cuadro... En este instante de confusion los delincuentes quisieran ser aniquilidos; pero la nada se reusa á sus votos, y el dolor y la inmortalidad se unen para siempre á su ser... Todo está consumado: solo el cielo y el infierno comienzan: siempre y despues de muchos siglos de existir estarán en su principio.

¿Y habrá un corazon solo que se mueva á piedad? ¿Habrá un hombre que ame á los demas mortales?... ¡Ah! cualquiera que este sea exhórtelos á que se arrepientan antes de que espire el tiempo de la misericordia....

:

¡Qué verdades tan asombrosas he descubierto en medio de estos sepulcros! ¡Oh, alma mia! No dejes que se te borren de la memoria. Séme fiel en recordármelas al comenzar el dia, y cuando el dia se acaba. Sean ellas la regla de mis acciones, y de la conducta de toda mi vida. Y yo que las escribo, y vos madama (1) que las leeis, ambos las veremos realizarse un dia, ambos asistiremos á los grandes acontecimientos que deberán verse en el universo. Veremos abrirse los sepulcros, y al occéano y á la tier-

(1) Hervey, como se ha notado al principio, dirige estas meditaciones á una dama inglesa.

ra ormiguear de vivientes; y á las naciones innumerables de todos los siglos juntarse en un mismo dia, y admirarse de ver que existen en un tiempo. Veremos al mundo todo inundado de fuego, y á los astros caer de sus esferas, y abrirse los cielos como un velo que se descorre. Alli se nos presentará á la vista la vastedad inmensa de lo eterno. Veremos al Señor que sale de lo interior de este palacio divino á juzgar á los mortales... ¡Ah! cuidémonos que nos halle entonces irreprensibles y virtuosos.

FIN de las meditaciones sobre los sepulcros.

XVIII.

EL SEPULCRO DE HERVEY.

¿Quid, anime, trepidas?... cineres tenes,
Complecte ossa, reliquiae auxilium dabunt.
Erunt satis praesidia, terrebunt
...tenebrae.

Senec. in Hercule œtaco, Act. V.

Llena mi fantasía de las imaginaciones de la muerte, no podia ver sino sombras del sepulcro. Acababa yo de traducir á Hervey, y llegando al fin de su obra, me contemplé como separado de un amigo con quien habia registrado los monu-

mentos de la iglesia que en ella describe... Hervey, Hervey, dije, no me huyas, no me abandones. ¿Qué será de mí, si no fijas en mi corazon las lecciones sábias de desengaño que has comenzado á darme? Mi imaginacion volando espacios inmensos en un instante, buscaba á Hervey por toda la vasta estension del universo. Al fin pudo conocer que habia muerto ya, y corrió á contemplar su sepulcro de Weston Favel. Estaba este monumento en el fondo de la iglesia de este lugar, que fue uno de los dos que Hervey habitó en su vida, y en los que perpetuó su memoria con sus virtudes benéficas. Buscaba yo alli un fastuoso

aparato de columnas, estátuas, inscripciones, y los demas recursos que ha discurrido la débil vanidad de los mortales, para fijar una vida de que ellos no gozan despues de fenecidos, y que no les da sino una existencia imaginaria en la vana aprension de los vivos.

Mis ojos solícitos registraban los rincones del templo; pero en vano, porque su nombre no está grabado en los suntuosos mármoles que ocultan la miseria de los poderosos, sino en los corazones de los vecinos de dos lugares, de que Hervey fue el párroco, el padre, y el bienhechor. ¡Oh cuánto dista el honor que la gratitud tributa á los buenos, del

que la vanidad y el vil interes consagra á los potentados de la tierra! Yo no ví en el sepulcro de Hervey sino una piedra lisa, sencilla y sin fausto, sin mas notas del caracter de Hervey, sino las que imprimió en ella la gratitud. Aun se ven alli las señales del copioso llanto que derramaron sobre ella los ojos enternecidos que lo vieron bajar á la huesa, hierto, sin vida, y sin otro paño fúnebre que el comun con que se envuelve á los mas pobres.

Esta memoria dió nuevas fuerzas á mi fantasía, que luego me comenzó á poner á la vista las patéticas exequias de Hervey. Presentóseme alli su vicario haciendo el oficio

funeral: yo lo vi enagenado en sus mismas lágrimas al despedirse para siempre de un cura, á quien por tanto tiempo acompañó en sus funciones, y de cuyos piadosos sentimientos y virtudes lo habia privado un decreto, á que Hervey se sujetó tranquilo: un decreto, que lo fue igualmente de la desolacion comun de sus parroquianos. Oí los gemidos lamentables de la viuda, que con el pequeño hijo en los brazos, consagraba á los manes de Hervey lo mas tierno de su sentimiento. Parece que queria aplacarlos, presentándoles las gracias y desamparada inocencia que lleva consigo, y á la que muerto el párroco no quedaba

ya otro padre ni otro amparo. Vi al viejo levantar sus trémulas y rugosas manos, y bajar sobre ellas su cabeza blanqueada con la nieve de la edad, llorando con amargura en el silencio mas enérgico del dolor. El pobre alli secaba sus ojos con los andrajos de su roto vestido, que sin Hervey no le quedaba esperanza alguna de mejorar. Vi.... ¿pero quién puede pintar con un colorido tan petético como conviene, un espectáculo funeral, en que el mas vivo y el mas ingénuo sentimiento hablan hasta por los órganos que no fueron dotados del don de la palabra? Mi corazon en tal escena rebosaba la inquietud de

unas conmociones, que violentaban su sensibilidad. El estaba lleno. Mi alma habia desamparado los demas miembros, y solo habitaba en mi pecho, cuyos límites querian dilatar los saltos de una entraña que habia hinchado el dolor, el entusiasmo, y mil afectos los mas vehementes. Yo veia, yo acompañaba el funeral de Hervey: oia la conmocion de su pueblo: veia un rumor que comenzó por un gemido sordo, que aumentándose, sacudia las bóvedas del templo; y á lo lejos se dejaba oir como el alboroto de un pueblo asaltado de enemigos, que estan consagrando á la inhumanidad de su acero tantas víctimas como habi-

tadores vierten á borbollones la caliente sangre de sus heridos cuellos.

Caigan, dije entonces, arruínense las columnas, los trofeos de otros sepulcros, donde no esten unas cenizas tan amadas como las de Hervey. ¡Hombres insensatos! ¿Por qué no aspirais á una gloria que no se promueve con los primores mas admirados de las artes, sino con el olor balsámico de las virtudes? Cuando vuestros fastuosos monumentos no merezcan de los ojos de los hombres sino una mirada de indiferencia y desprecio, ó de execracion acaso, el modesto, el pobre sepulcro de Hervey conmoverá los afectos mas tiernos, renovará las

memorias mas dulces. ¡ Qué diferencia ! Vuestros mármoles no podrán oir decir tal vez, sino, aqui yace el soberbio, el avaro, el sanginario, que ultrajó, sujetó, empobreció á sus semejantes; pero la lápida de Hervey está lisa, para que se escriba en ella en el idioma del sentimiento: *Aqui yace el hombre de bien, el amigo de los hombres, el padre del pobre, el consuelo de los atribulados, el....*

En medio de esta escena mi imaginacion exaltada pudo dar una nueva existencia á Hervey. Presentóseme su sombra vestida del modesto traje de la mediocridad. En su cara resaltaba aquella gravedad

quieta que produce la persuasion y el desengaño en los que hablan acordes con su corazon, y cuya conducta no desmiente sus discursos. Me parecia que este hombre de bien, aun muerto y sin vida, se manifestaba sensible á la desolacion de su pueblo, y queria fijar en él las instrucciones que antes le habia dado. Su mano helada y pálida se alargó sobre el concurso. Acallóse á esta señal el confuso y dolorido eco de la pena. Hervey alzó un tanto sus amortecidos ojos, los fijó vagamente en el concurso, y con una voz sepulcral, cuyos acentos tristes se insinuaban hasta lo mas íntimo del corazon, dijo:

«La muerte fijó ya el resto de sus sombras en mi fria y helada existencia. Era preciso ceder al comun destino de los hombres: la muerte inexorable se burla del horror con que la naturaleza tiembla á su vista. Todas las lágrimas que pueden derramar los ojos del amor á la vida, no son capaces de darnos un dia solo de ella. El occéano todo que se filtrara por ellos no es capaz de arrebatar de sus garras la presa que hace de nuestros cuerpos. No queda mas esperanza á los mortales que la resurreccion, este dia de vida universal, en que el sepulcro restituirá sus víctimas á la voz que las hizo de la nada. ¿Pero por qué llorais

tan amargamente la herida que en mí ha hecho la muerte, cuando ya sus dardos vuelan contra vosotros, de los que ninguno dejará de ceder al comun destino? ¿Por qué no veis en mi situacion una imágen de la que muy en breve será la suerte, á que os ha de reducir un decreto pronunciado contra todos los hombres, y del que ninguno puede apelar? ¡Oh descuido lamentable, origen de unos desastres acreedores al sentimiento del dolor mas agudo! ¿Por qué se llora al que murió, sin ver en sus helados miembros una imágen del frio que secará algun dia los ojos del que se compadece, y sin prevenir las funestas conse-

cuencias que siguen á una muerte, en que se va á estrellar el barco que naufraga en una vida delincuente y borrascosa?

Por mas que se escudriñe el origen de un descuido tan peligroso, no puede encontrarse sin recurrir á una miseria que se introduce en los hombres como una fiebre ardiente, que trastorna sus ideas mas arregladas y los hace divertirse con fantasmas, cuando está próximo á ellos el comun enemigo. Todo anuncia al hombre la muerte de un modo demostrable. Aunque pudieseis discurrir por toda la tierra, y registrar hasta sus mas ocultos rincones, no encontrariais sino hombres muy

nuevos. Ni uno solo podria hallarse de los que vivieron en los dias de Atenas ó de Roma: sus héroes pasaron con la rápidez que alumbra un relámpago. Ni uno solo dejó de ocultarse en las tinieblas de la muerte, que devora á todos los hombres. Solo quedó su memoria, resto último del orgullo y de la vanidad.

Dentro de cien años, ¿cuántos vivirán de los que hoy existen? Será un fenómeno si queda alguno, y casi un milagro si dentro de ciento y cincuenta hay uno solo de cuantos hoy habitan el mundo. Muy en breve poseerán vuestras riquezas, trabajarán vuestros campos

unas generaciones enteramente nuevas: y entonces, ¿qué será del poderoso, cuya altanería parece quiere aspirar en vida al apoteosis? ¿qué del rico que está como identificado con su oro, y del pobre que en medio de sus trabajos no querria perder un instante de vida? ¿y qué será del infeliz que se alimenta de sus largas y fantásticas esperanzas? Todos morirán sin escepcion alguna. Ni uno solo habrá entonces que instruya á los venideros de lo que hoy pasa, como ni ahora se ve alguno que os pueda contar los sucesos acaecidos hace poco mas de un siglo, si no los leyó ó los oyó de alguno de sus mayores. Puede que algun

anciano de aquella época sea el único que con sus quejas é inaccion se presente como un tronco apto, no mas que para recibir el golpe de la segur de la muerte, que venga á librarlo del peso insufrible de su decrepitud, de sus penas y de sus dolores.

La luz que brilla en el sol os manifiesta diariamente de un modo el mas claro la velocidad con que el hombre se acerca al ocaso de su vida. Cada respiracion suya es un minuto segundo del número de estos, corto y fácil de calcular, de que se compone el conjunto miserable de sus tristes dias. Vuestros amigos han ido desapareciendo su-

cesivamente. ¿Qué es de vuestros padres, de vuestros antiguos parientes, de vuestros primeros conocidos? En muy pocos años fueron devorados sucesivamente por el sepulcro. Aun sus mismos nombres casi se han borrado de vuestra memoria, é insensiblemente os encontrais ahora en vuesta patria como en un pais estrangero, y en vuestra casa como en una estraña: porque ellas se han renovado enteramente, y ya no veis en ellas ninguno de los que encontrasteis en los primeros dias de vuestra infancia. ¿Cuántos viven hoy de los que os educaron, cuántos de los que en aquella edad tratasteis? ¿No han muerto

muchos aun de los que os acompañaron en las escuelas y en los demas lugares que entonces frecuentabais? Los pocos que ahora restan de todos aquellos han remplazado el puesto en que visteis á muchos ancianos que os infundian entonces el mayor respeto, y á quienes oiais como á unos oráculos de la religion, de la moral y de la polítíca.

¿Pero qué hay que admirar en esto, cuando cada hombre tiene dentro de sí mismo unos testimonios los mas visibles de su necesaria destruccion? ¿Su mismo individuo no se consume por instantes? La debilidad lo acaba, los dientes se caen, árase su frente con mil

arrugas, los pies débiles, la vista corta, los miembros trémulos, la salud quebrantada, los dolores frecuentes: ¿qué notas puede haber mas visibles de la velocidad con que el hombre vuela al término triste de sus dias en las rápidas alas del tiempo fugaz, que apenas lo deja fijar la vista en el mundo, cuando este huye de sus ojos, como el puerto y las costas de los de un navegante que se hace á la vela, arrebatado de un viento presuroso?

Pero este mundo, que es, por decirlo asi, el ejemplar de la magnificencia del Criador, ¿cómo podria haber sido criado para el corto número de hombres que hoy lo habi-

tan, ó solo para los que hasta aqui lo han habitado? Las generaciones se suceden como las olas de la mar, y si Dios no ha determinado aun hacer que cese el curso de los siglos con su última consumacion, cuyo tiempo se oculta á nuestros ojos en el sagrario inaccesible de su divina sabiduría, aun ha de venir una multitud inumerable de hombres que tendrán igual derecho á los bienes que hoy gozan los actuales, que el que ellos tuvieron para suceder en su posesion á los que se los cedieron. Vuestros mayores desocuparon este mundo para vosotros, y vosotros debereis dejarlo á los venideros, quienes tampoco tendrán

un goce mas largo del que tuvieron vuestros antepasados, y del que tendreis vosotros. Vuestra memoria perecerá con vuestro dominio, como se borran las huellas que estampó la planta en una arena infiel, espuesta á los vientos, y trillada de muchos caminantes que pasan sobre ella.

Los mismos cielos, los mismos astros girarán un dia sobre otros hombres, les darán su luz, se renovarán las estaciones á su tiempo, los campos reproducirán sus plantas, sus verdores y sus frutos para su utilidad y placeres: ni faltarán leyes que los dirijan en todos los respectos del hombre, ni debilida-

des que trastornando el órden de las leyes, los espongan á las mismas desgracias, á los mismos castigos, y á las mismas enfermedades que hoy hacen que del haz de la tierra se levante un confuso y lastimero grito, que la pena arranca de la boca y del corazon de los mortales. El teatro del mundo siempre será el mismo, no cambiará su aspecto, solo tendrá variacion en sus actores, que sujetos á la misma ilusion que vosotros, se entregarán sucesivamente unos mismos papeles, se aceptarán y ejecutarán como si no creyeran que alguna vez han de abandonarlos.

Pero la muerte no por esto es un mal tan espantoso ni tan cruel co-

mo se lo figuran aquellos hombres que han perdido ya su direccion. Como estos han fijado su dicha únicamente en la tierra, no pueden persuadirse á que les resulte utilidad alguna de dejar un pais que les es tan agradable. Mas conceded á estos por un instante cuanto quieran pintaros de gustoso en la vida, su pasion por ella y por todo lo visible (1): suponed que un mortal á cubierto de todas las calamidades que nos aquejan, pudiese vivir cuantos siglos le finja su imaginacion exaltada: ¿y este podria ser fe-

(1) Bernard. Niewentit. Existence de Dieu demontrée par les merveilles de la nature. Dans le preface.

liz? ¡pero ay! cuál podria ser la dicha de un hombre que se viera rodeado de tantos séres que destruye el tiempo, entre los que él solo pareceria inmutable... Aunque por algun tiempo le fuese todo grato; pero la inconstancia de tantos objetos se le convertiria muy breve en motivos de tédio y de disgusto. Las desgracias llueven sobre la tierra. La ambicion enciende la guerra en todos los pueblos: los que han nacido en paises poco favorecidos de la naturaleza se apoderan de los paises mas fértiles, y arrojan de allí á sus habitadores. El seno mismo de la naturaleza produce males espantosos. Los lugares mas altos se

anegan internándose en el fondo de la mar. Las campiñas mas fértiles se convierten en abismos impenetrables: los lugares mas deliciosos han sido tragados, y los miserables restos de los pueblos que habitan estas partes, han ido vagueando de clima en clima para encontrar un asilo. Todas estas desgracias veria un hombre que pudiese vivir algunos siglos.

En medio de tales mudanzas, ¿qué dulzuras podia procurarle su vida? Ella mas bien seria una peregrinacion miserable. Pero concedamos que la tranquilidad del pais que pudiese habitar jamas fuera turbada; aun en este caso, ¿cómo po-

dria dejar de fatigarlo una sucesion continuada de placeres? Los mismos que mas lo lisongearan, vendrian á ser los que antes que los otros tendrian que abandonarlo. La esquiva é inexorable muerte le arrebataria á la esposa amada, los hijos, los amigos; y aun antes de esta separacion los veria en una vicisitud continua de dolores, y en una vejez que no le ofreceria en ellos sino unos objetos dignos de compasion. ¿Qué podria encontrar despues en sus descendientes, sino la mas fria indiferencia, porque pasadas algunas generaciones, nadie contempla á sus antepasados, sino como á los demas hombres? ¿Si Adan

volviese al mundo hallaria en sus habitadores la amistad, el reconocimiento y respeto que pudiera prometerse de ellos el padre universal, que habia sido señor de toda la tierra? Y este hombre de que hablamos, ¿qué hallaria en los otros hombres que se renovaban continuamente? En cada siglo se veria dos veces en una nacion estrangera. Necesitaria estudiar las costumbres de estos pueblos renovados: acomodarse al genio ya de una nacion bárbara, ya al de otra muy política. Se veria en la precision de estar formando siempre amistades y compañías nuevas, cuyas mudanzas no podrian menos de hacerle la vida

infelicísima. Y si no murieran todos los hombres, ¡qué confusion resultaria en pocos siglos! El mundo en tal caso no tendria bastante estension para abrigarlos, segun el cálculo de la que necesita cada individuo para mantenerse con sus producciones, habitacion, con caminos abiertos y demas lugares, cuyos particulares destinos no permiten el que sean habitados.

En realidad, ¿qué es lo que un hombre pierde al morir? Deja una familia de la que apenas es amado, porque ya es gravoso: unos amigos, á quienes no pudiendo ser útil, merecerá muy pocas lágrimas: unos honores que ya no puede pretender:

una fortuna oscura que lo hace despreciable: unos hombres que tomarán muy poca parte en sus desgracias y en sus dichas. En muriendo se ve el hombre libre de la sujecion á sus superiores y á las leyes, que exigen unos miramientos tan justos como duros á la carne y al genio. Una multitud de respetos humanos que oprimen y que incomodan: muchas visitas inescusables y molestas: muchas compañías que no sirven sino para aumentar vuestra miseria: un cuerpo de mala constitucion, enfermizo, que os espone cada dia á mil dolores, y que os sujeta á mil funciones incómodas: un cuerpo que con su vecin-

dad causa al espíritu tanto peso, tantas aflicciones, tantos estravíos. He aqui una pequeña parte de los males de que la muerte libra al hombre. Aun aquellos bienes cuyo valor ha fijado el aprecio universal del mundo, si se ven á buena luz, cuán poca pena deben mereceros cuando los dejeis en la muerte. La preocupacion, las pasiones, la costumbre os han hecho adoptar sin reflexion como bienes, muchos que de tales no tienen mas que el nombre, y el concepto en que se hallan entre los hombres. ¿Y unos bienes fantásticos merecen mucho dolor de perderse? Un hombre sensato no debe aficionarse sino á los bienes

que ya que se adquieren con trabajo, pueda utilizarse de ellos, aun cuando parece que va á perderlos con la muerte. Es menester no confundir cuales son aquellos bienes, de los que no se os ha concedido sino el uso: la pérdida de estos no es deplorable. Ellos no son vuestro fin: por tanto su goce debia estrecharse en los límites de la vida, y acabada esta no os pertenecen mas que si no hubieran sido vuestros.

Si el hombre viviera con tanta solicitud para procurarse una muerte feliz, como la toma por afianzarse una vida dichosa, su vigilancia por lo sucesivo no miraria á los bienes del tiempo, sino á los de la

eternidad. Su salud, su reposo, su fortuna; ¡qué desvelos le cuestan! Con todo, él acerca de esto no consigue por lo regular sino fatigarse en vano. La criatura gira en un orden de cosas, cuyo curso no puede ella variar por muy adverso que se suponga; puede sí armarse de paciencia para resistir muchos males: ¿pero cómo ha de huirlos, si ellos son inevitables? Lo que ciertamente es digno de temor y de las precauciones de un hombre, es por lo comun lo que da menos cuidado. La muerte, este término instantáneo, que decide de la fortuna eterna ó de la desgracia del hombre, es el único objeto acreedor á sus precau-

ciones, á sus cálculos, y á las solicitudes de toda su vida.

Esta verdad, que no deja de presentarse aun á los hombres mas descuidados, no les merece sino el conato con que procuran eludir su fuerza. Se procura divertir, distraer una imaginacion tocada de las amarguras que siembra en ella la memoria de la muerte, que aunque nadie cree que no le ha de llegar algun dia, todos se quieren persuadir será en el que ellos la aguardan, y del modo mas conforme á sus intereses, á sus ideas y á sus pasiones. Moriré, dice cada uno, pero aun soy joven: estoy robusto. Yo prevendré con oportunidad lo

que requiere este caso por terrible que sea... ¡Ilusiones! El hombre no muere cuando le acomoda. La muerte no es huesped que avisa con anticipacion ninguna del dia de su llegada. Es un ladron nocturno que acecha á los domésticos para asaltar la casa en la hora de su mayor descuido.

Ayer gozaba un jóven de la robustez mas completa, sentado en un banquete espléndido centelleaba el fuego de la edad: lleno de vida y de espíritu en las delicias del campo, era la alegria de los camaradas. El solo bastaba para divertir con la viveza de sus pensamientos, con la alegria de sus canciones y con la destreza de su mano, en la

que los instrumentos mas sonoros refinaban la armonía. Las gracias mismas formaban con sus manos las coronas tejidas de flores, que aromatizaban sus cabellos de oro y rizados. Todo el mundo le cedia con gusto el glorioso título de inimitable; y hoy apenas puede conocerse quien sea este desafortunado joven entre el horror que lo cubre. Su espanto, el trastorno de sus ojos, una imaginacion perturbada, producen en los que lo observan aquel horror, que si no se sofocara, los haria huir llenos de conmocion y de desengaño. Hablan al enfermo y él no conoce, á veces se agita, gime y parece un hombre entregado á la

rabiosa desesperacion. Al fin él vá á perecer víctima de la disolucion y de los mismos medios que tomaba para repeler de sí la imaginacion melancólica de la muerte. ¡Desgraciado joven! esclaman todos, y ojalá y los cómplices de sus delitos y sus máximas, quedando en él advertidos y escarmentados, huyesen de todo lo que puede constituirlos en igual caso.

¿Pero en qué se funda una ilusion tan vana como es la de creer cada uno que aun tarda su fin, ó que morirá del modo que desea? La misma esperiencia no deshace todos los dias esta vana ilusion? Las pestes, las guerras, las hambres que

Dios en su ira derrama sobre la tierra, y que tan súbitamente mudan el semblante de los imperios, ¿merecen acaso mas temor que el conjunto de peligros que os cercan, y que estan en medio de vosotros? Cada dia veis caer á vuestro lado grandes y pequeños, mozos y ancianos. En un corto número de años se puebla el mundo de nuevos habitadores, lo mismo que el aire por donde pasa una langosta. Vuestra imaginacion, con todo, lejos de asustarse de esta revolucion, se coloca en medio de las dos estremidades de tan corto número de años, y alarga este intervalo, de suerte, que se lo llega á concebir como una

especie de eternidad. Lo peor es que él se tranquiliza, ó por decir mejor se adormece en esta ilusion peligrosa. De aqui se sigue el que cada hombre casi se tenga por inmortal, ó por exento de la severa ley que condena á todos. Pero si la idea melancólica de la muerte á fuerza de presentárseles, gana algun terreno en sus almas, un espíritu seductor viene entonces á desfigurar los horrores de la muerte, y en otros la falsa filosofia palía sus temibles consecuencias. A pesar de tantas ilusiones, cuando el fatal momento se aproxima, se conmueve todo el hombre interior agitado de una violencia cruel. La filosofia temeraria,

que le engañó toda la vida, aun quiere triunfar en este momento de un hombre abandonado á la timidez y al desamparo; pero su triunfo en este caso, es un triunfo que la religion quita á un enemigo para confundirlo en medio de sus glorias, y al tiempo que iba á coronar su frente de laureles. La filosofia, el libertinage, y la loca animosidad caen sin vida y sin sentido cuando el cielo dispara el rayo con que va á confundir al impío. Feliz este, si al morir, avergonzado de su loca ciencia, pudiese espiar en los momentos que le restan, con el sacrificio de sus lágrimas, una vida, que por lo regular no ha sido sino la

historia abominable de un corazon en que han habitado mil furias y mil monstruos.

Las diversas opiniones han pintado á la muerte de un modo capaz de seducir la idea verdadera que de ella debian tener los vivos. Aquel horror que les inspira la naturaleza á vista de la destruccion de sus semejantes se elude de mil modos, en los que el genio de las naciones, los usos, las preocupaciones de los tiempos, y aun las ideas de una falsa decencia tienen no poca parte. Los primeros transportes del hombre en la pérdida de sus mas amados, hacen creer que los placeres todos de su vida van á sepultarse

con ellos para siempre. El mundo en estos instantes de dolor se presenta como un desierto espantoso, en donde habita una desolacion eterna. La luz del dia, las complacencias de los amigos, las diversiones públicas, las distracciones particulares llegan á hacerse insufribles. Se querria no existir mas, morir al punto. Pero estos transportes se debilitan poco á poco; el corazon cobra una nueva elasticidad, y todo queda tranquilo. Entonces la resolucion formada de no olvidar se desvanece: los monumentos que se conservan para mantener esta memoria se huyen, y el hombre cree hallar en todo lo que le recuerda

la muerte de los que antes le fueron tan amados, una sentencia que le manifiesta el decreto fatal, por el que ninguno hay, que despues de un corto número de dias no sea destinado al sepulcro.

Aquellas naciones que hacian morir á sus ancianos bajo el pretesto especioso de una humana precaucion, para salvarlos de las incomodides de la decrepitud, no hacian sino quitar de su vista las imágenes de una muerte anticipada que esta edad presenta. Quemaban sus cenizas. El viento era entonces el sepulcro de unos restos que se decian amados de una ternura cruel y sanguinaria, pero que seducia la

imaginacion de los vivos. Las ideas del deber adoptadas entonces, hacian los mismos esfuerzos para vestir á la moda la muerte de los hombres, que en nuestro tiempo con esas pompas funerales, mas propias para condecorar el triunfo de un conquistador que para conducir á un cadáver al sepulcro. Pompas que nada tienen de fúnebre sino la idea que de ellas habeis formado, y que mas que vuestra pena indican el orgullo de la esfera, tan inútil entonces para los muertos como para los vivos. La vejez hoy, que ya no se considera como una muerte, sino como los últimos tragos de la vida, que es preciso beber con

economía, se trata de alargar con el mayor cuidado. Sus dias son un martirio á que se agrega el de una botica de amarguísimas drogas, con que se pretende curar una enfermedad, menos cruel acaso que el médico y sus recetas. En esta contrariedad de opiniones y de prácticas, importa poco el saber cual de ellas es la mas racional y mas justa, si se conviene en que todas ellas contribuyen á distraer á los vivos de la idea de la muerte, que al paso que vuela hasta en el mismo aire con los átomos que respiran, ellos pretenden huirla con todos los esfuerzos que se huiria la misma muerte con que los amenazase un homicida en la punta de su acero.

Se querrian prescribir reglas á la muerte: esto es en vano: solo el autor de la vida pudo darle un término, que despues de la culpa debia ser una justa pena del delito del hombre. Solo una mano poderosa é irritada, pudo instituir un género de destruccion, que por terrible y horrorosa que se pondere, todos la han de sufrir. Un solo instante hace de un señor del mundo, un cadáver frio, insensible, inmoble, espantoso, y que apestaria con su mal olor, si no se apresurasen á entregarlo á la voracidad de los gusanos. Pero por terrible que sea para el hombre la idea de su fin, los horrores que lo preceden, y las consecuencias que lo siguen, ¿esto es en la realidad

un mal tan grande como parece á primera vista? ¿Este instante horroso que nos destruye, es el colmo de nuestros sufrimientos? Dios, el origen de todo bien, tan resuelto á hacernos felices por un impulso de su misericordia: Dios, para cuya felicidad esencial, nuestras alegrias, nuestros pesares, nuestras penas, nuestro ser y nuestra destruccion, son del todo indiferentes: ¿tendrá acaso la diversion bárbara é indigna de su bondad, de consumir su obra con una catástrofe tan espantosa como nos lo figuramos? ¿No pudiera sacarnos de en medio de sus criaturas de un modo menos terrible? Sin duda: y habiéndolo dispuesto de esta manera, justo es que creamos el que mucha parte

de los horrores de nuestro fin son obras de la imaginacion, exaltada por las pasiones. La parte mas grande de vuestro horror, depende de vuestra ignorancia, que como un velo os ciega para que no veais las utilidades de la muerte. Feliz el que la medita á la luz de aquella filosofia, que hizo decir á un hombre que no temia á la muerte; que ella era un verdadero logro. ¿Pero qué se requiere para conseguir este importante logro? Vivir con Cristo, vivir de su espíritu, alimentarse de su doctrina, seguir sus máximas. No viviendo de este modo, no es de admirar que se tema la muerte. Sean vuestros dias menos delincuentes, y los horrores que cubren vuestro fin desaparecerán casi del todo.

Profundizando bien acerca de los sucesos de la vida, se conoce alguna parte de las utilidades del morir. La muerte de unos hace que otros pasen de la esclavitud á la independencia: de la oscuridad, á la brillantez de los grandes puestos: de la pobreza, á la posesion de riquezas abundantísimas. Por esta circulacion sábia de todas las cosas, que dejando de ser de unos pasan á otros, las alegrias dulces, las satisfacciones mas completas, asi como los grandes pesares y amarguras, se distribuyen en una proporcion tan justa, que la armonía del mundo parece siempre la misma. Es preciso que todo se suceda. Todos los hombres al nacer, tienen igual derecho que

nosotros á disfrutar unas mismas ventajas, que son anejas á su existencia, asi como tambien quedan espuestos á las mismas miserias, y á la muerte. Todo va en orden, y desear que las cosas se coloquen de otro modo, es querer animar vasos de barro, y hacerlos reconvenir á su criador, pidiéndole cuenta de la conducta de su sabiduría.

El hombre grande es quien conoce con claridad las ventajas del morir. Los envidiosos de su mérito no pueden reprimir las lágrimas ingénuas que esprime de sus ojos su fallecimiento. Ellas corren sobre el sepulcro del sabio, como un sacrificio de espiacion del poco aprecio que cuando vivió le merecieron sus

virtudes; despues de sus dias fue cuando conocieron que es digno de la gloria que ellos procuraron enturbiar con los vapores de su envidia. Esta mudanza, que hace algun honor á los envidiosos, manifiesta que la muerte nos libra tambien del celo maligno de los vivos.

Un hombre, aunque sea de la mayor autoridad, si tiene un natural malo, muere, y con él se calla el ruido que procuró escitar para sostener su crédito. El hombre malo sin duda no puede hallar ventajas en su muerte. Este instante no presenta á los que en vida despreciaron la virtud, sino inconvenientes y dolores, que quisieran evitarse aun á costa de la inmortalidad del es-

píritu. Es creible que los materialistas no tengan otro interes en sustentar tan tercamente su opinion, sino el de tranquilizarse en sus vicios, é indemnizarlos á sus ojos, quitándose de la vista los castigos horrorosos que los amenazan: y si la filosofia pagana sostuvo el suicidio, como lo hicieron los epicúreos, y como lo practicó Caton, este fue un delirio propio de lá ceguedad, que la moral religiosa condena (1). Esta, junta con la esperiencia, os asegura que la muerte se burla de todos los sistemas de la increduli-

(1) O mas bien efecto de la debilidad ó falta de fortaleza para resistir al infortunio, ó á un mal exaltado con vehemencia en la imaginacion.

dad, deshaciendo sus principios con la evidencia de unas resultas, que destrozan las entrañas del impío, desconsoladas aun desde este mundo.

Se puede decir sin hipérvole que el hombre no ha venido á él sino para enseñarse á morir: esta verdad innegable condena la conducta de los que no obran con este respeto. Diga de la muerte lo que quiera la filosofia voluptuosa; esta ó es enteramente ciega, y por lo mismo despreciable, ó no puede dejar de temer las consecuencias que confunden todos los documentos de su vana seguridad. Las pasiones no merecen mas crédito. Ellas tranquilizan al hombre acerca de su muerte, ú olvidándosela, ó persuadiéndole

con engaño, que será de otro modo de lo que regularmente sucede. El mundo es tambien un seductor, que aparta la imaginacion de los hombres de la verdadera idea de la muerte. Solo el sepulcro es un consejero fiel que puede oirse sin desconfianza. Sus cadáveres, esos habitantes frios del mundo subterráneo persuaden con una muda elocuencia cuan inútil, cuan dañosamente vive para sí, y para los demas, un hombre, cuyas obras no conducen á conseguir una muerte digna de los deseos de sus semejantes y de su memoria, como fin de una vida, cuya longitud no debe medirse por el número de dias, sino por la calidad y el mérito

de las obras que los llenaron (1)...

Asi hablaba Hervey animado de la fuerza de mi fantasía, acalorada con la vehemencia de su ilusion. Esto era en una de las noches en que habia yo revisado algunos capítulos de la traduccion que hice de los sepulcros. El silencio de las horas avanzadas ya, la fatiga del dia, y la de una larga meditacion, que llegó á ser un rapto, habian disipado en mí una copia de espíritus, que la naturaleza conservadora queria remplazar. La sombra de Hervey, el aparato de su funeral, el dolorido concurso, y aun el teatro en que yo me figuraba esta es-

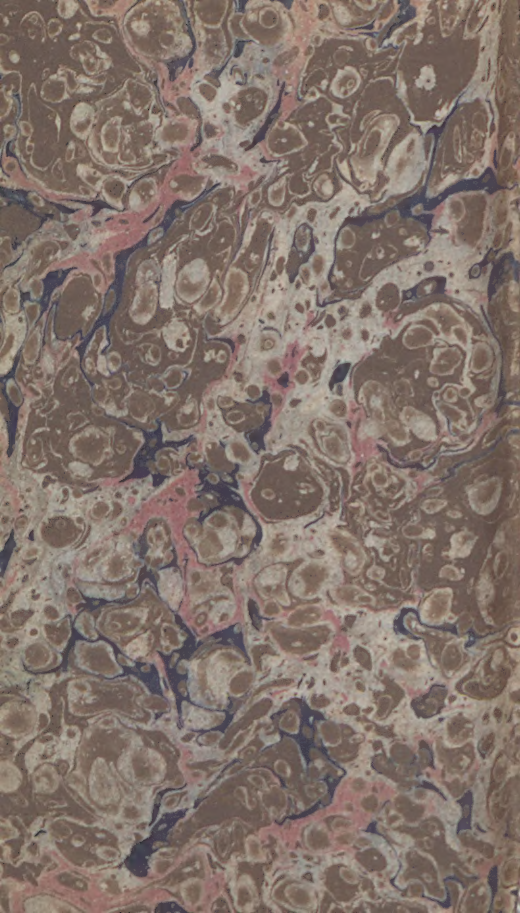
(1) Consumatus in brevi, explevit tempora multa. *Sapient. IV.*

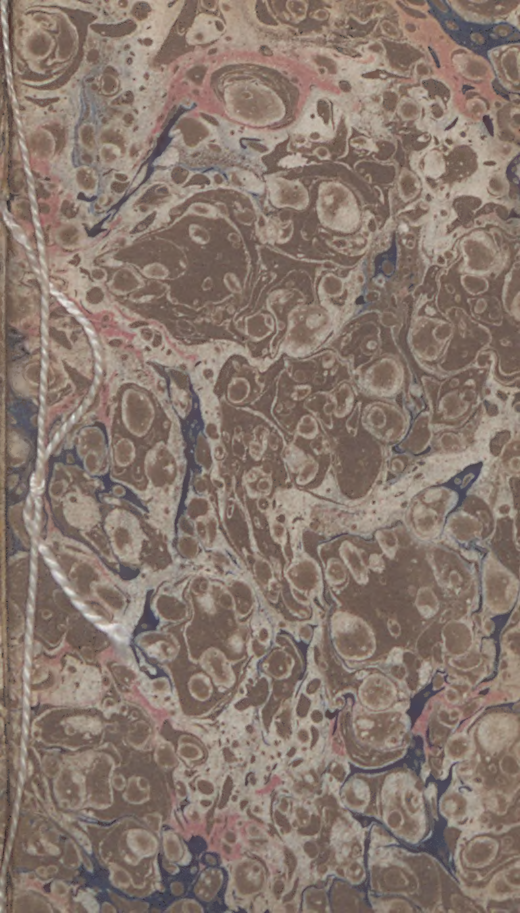
cena melancólica, se fueron disipando de mi imaginacion, como aquellos montes y edificios que ella ve en las nubes, y que desvanece el impulso de un viento suave. Yo quedé entregado á un sueño, que cubrió como con un velo todos los fantasmas que mi imaginacion habia producido con su inagotable fuerza.

¿Quid numeras annos, vix maturior annis
Acta senem faciunt haec: numeranda tibi:
His ocvum fuit implendum non seguibus
annis.

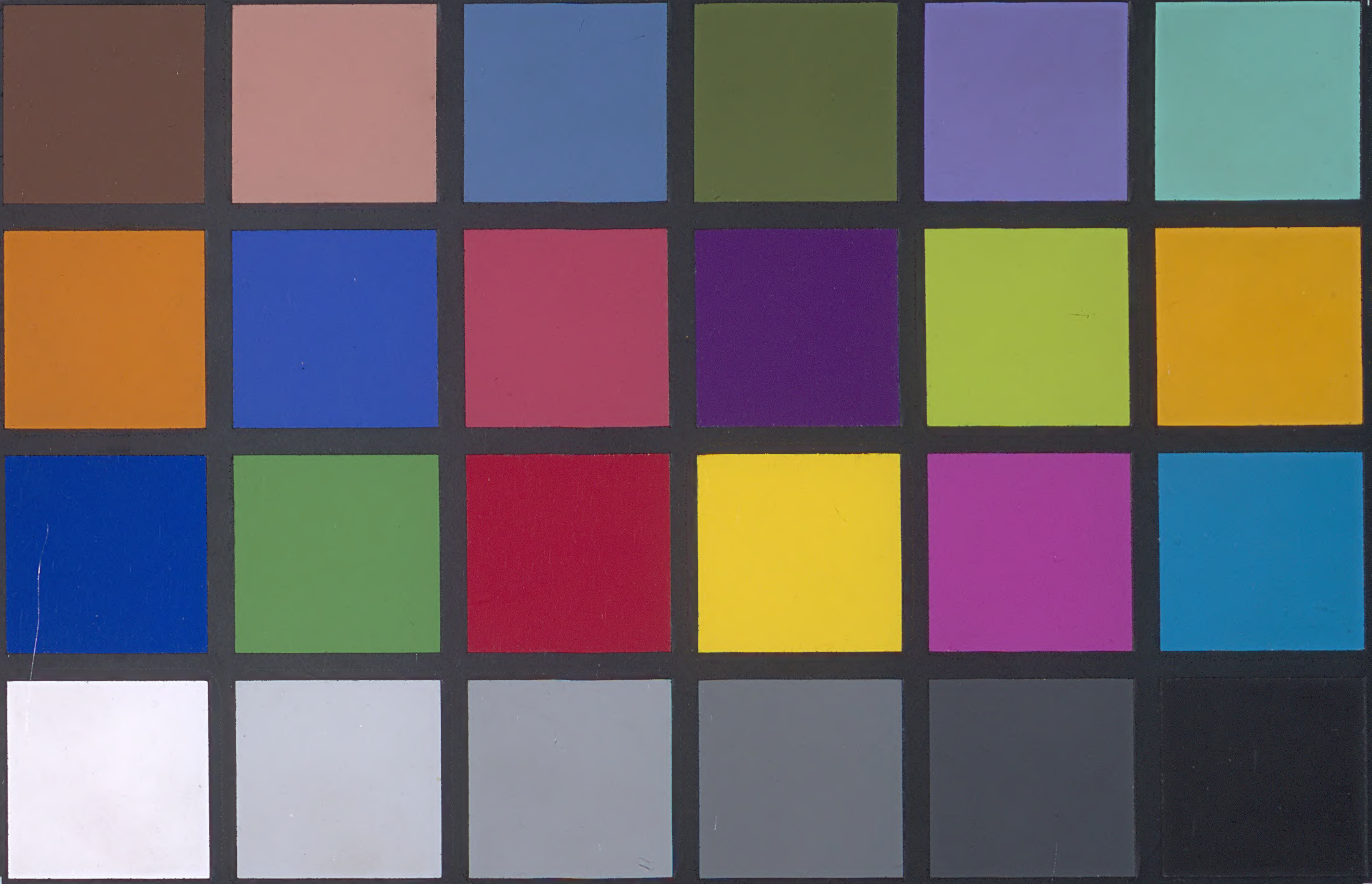
Ovid. ad Liv. de morte Drusi.

FIN.





SEPULC
DE
HERVEY


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm